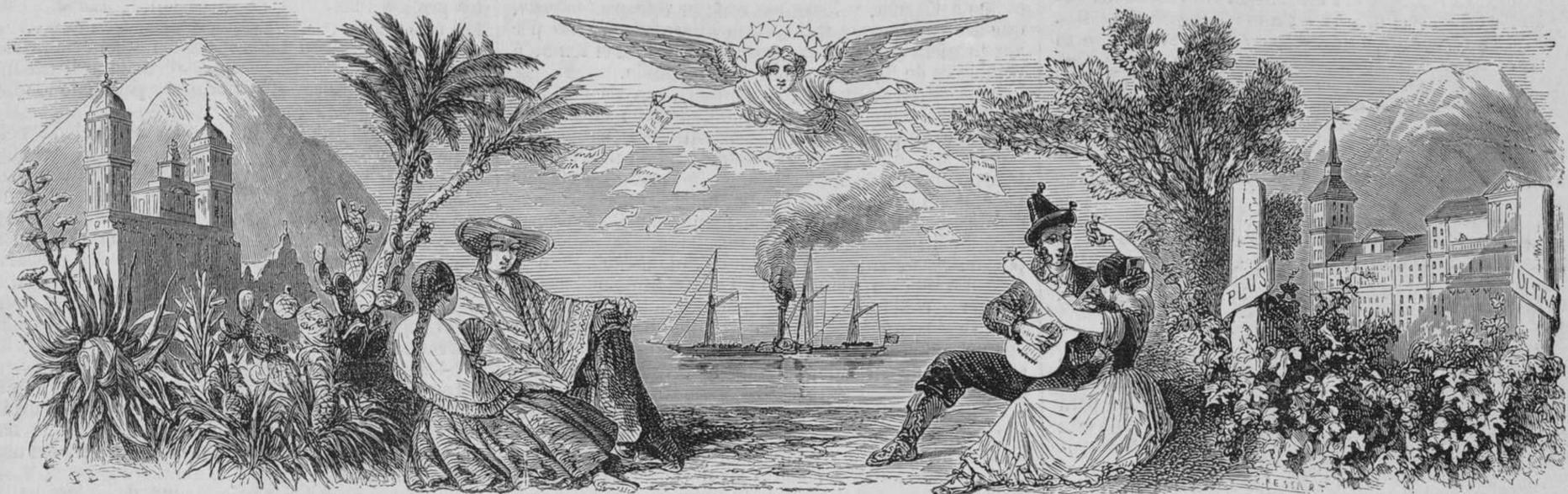


EL CORREO DE ULTRAMAR

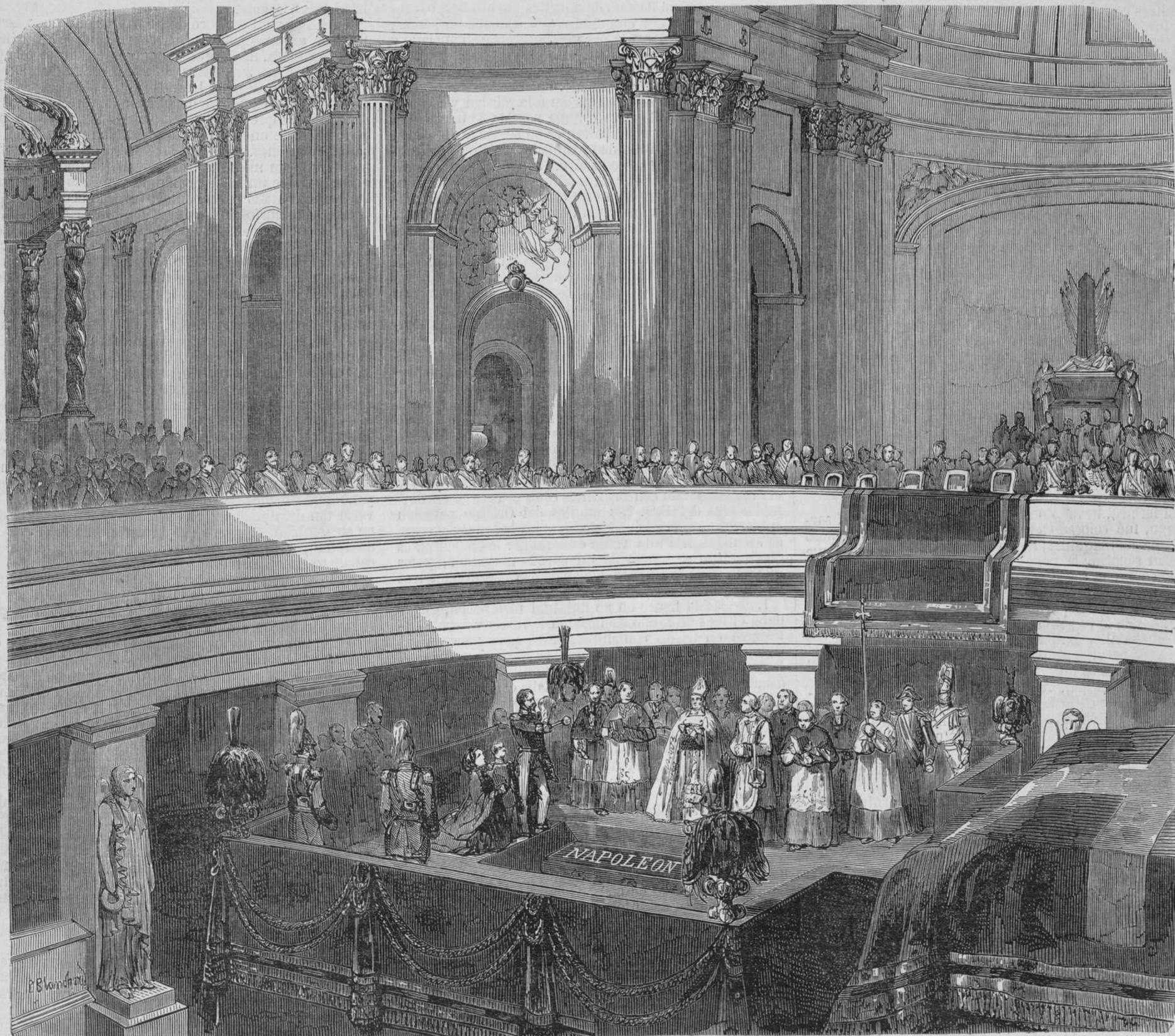
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 20. — N° 433.



TRASLACION DE LOS RESTOS DE NAPOLEON I A SU MAUSOLEO EN LA CRIPTA DE LOS INVALIDOS.

SUMARIO.

Traslacion de las cenizas del emperador Napoleon I; grabado. — El remedio del amor. — El cuartel de los Inválidos en Paris; grabados. — Un oso. — Revista de Paris. — La locura de amor. — Oda á la brevedad de la vida. — El y yo. — Inauguracion del puente del Rin; grabados. — Washington; grabado. — Una historia inglesa. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Los aventureros. — Boletín científico. — Vistas de Roma; grabados.

Traslacion

DE LAS CENIZAS DEL EMPERADOR NAPOLEON I DE LA CÁPILLA DE SAN JERONIMO A SU TUMBA EN LOS INVÁLIDOS.

El 3 de abril ha tenido efecto en los Inválidos con gran ceremonia la traslacion de las cenizas del emperador Napoleon I al magnífico mausoleo preparado para recibirlas. El emperador Napoleon III ha presidido á esta piadosa solemnidad acompañado de los príncipes Napoleon, Luciano y Joaquin Murat.

A las dos menos cuarto todos los militares inválidos en estado de tomar las armas, se hallaban reunidos en el patio de Vauban, patio de la Cúpula del cuartel, formando cuatro líneas que se hacian frente; un doble destacamento armado de lanzas estaba en la escalera, á cuyos lados se hallaban los funcionarios del estado mayor del gobernador y los oficiales inválidos.

A la misma hora los altos personajes que en corto número habian sido convidados á la ceremonia, llegaban por el patio de Vauban á tomar puesto en la bóveda. S. E. el cardenal arzobispo de Paris con el clero del cuartel habia ido á la capilla de San Jerónimo, donde ha estado depositado el féretro desde la entrada de las cenizas en Paris; se dijeron las vísperas de los difuntos, y luego, así que S. M. el emperador y los príncipes de la familia fueron recibidos por el gobernador de los Inválidos, conde de Ornano, principió la ceremonia.

El interior de la bóveda debajo de la cúpula, enteramente consagrado hoy á la sepultura de Napoleon I, se hallaba dispuesto para la ceremonia. La cripta subterránea en cuyo fondo se eleva el sarcófago de pórfido, estaba colgada de paño negro, con las armas imperiales bordadas de oro sobre fondo de armiño.

Desde el pié de la escalera de la cripta hasta el nivel del sarcófago, habian establecido un tablado en cuesta, cubierto de alfombra para que el féretro pudiese ser subido fácilmente hasta el lugar de la sepultura.

Una fila de cien guardias rodeaba en el terraplen de la bóveda el contorno de la cripta. Al lado derecho, viniendo del patio de Vauban, debajo de la tumba del gran ingeniero de Luis XIV y enfrente del de Turenna, habia sido levantado un tablado para S. M. el emperador y los tres príncipes de la familia.

Despues que el emperador y los príncipes ocuparon sus puestos, el gran maestro de ceremonias entregó el sombrero, la espada y las condecoraciones de Napoleon I á los tres mariscales Magnan, Randon y Vaillant; y el cuerpo colocado en un carrito salió de la capilla de San Jerónimo, precedido del clero, acompañado por doce cuerdas y seguido de los mariscales, grandes oficiales de la Corona, miembros del consejo privado, del gobernador de los Inválidos, del gran canciller de la Legion de Honor y del comandante en jefe de la guardia nacional, únicos personajes convocados para esta solemnidad fúnebre, así como la casa del emperador.

El féretro, llevado ó mas bien arrastrado hasta el sarcófago, fué colocado en él por medio de un ingenioso sistema de máquinas; luego se sellaron tres piedras que debian soportar la pesada tapa de pórfido, la cual será traída sobre el sarcófago mismo.

Despues de la bendicion dada por S. E. el cardenal arzobispo de Paris, el emperador volvió al patio de Vauban, donde le esperaban los veteranos de su tío formados en batalla. Entonces S. M., con esa benevolencia que le es peculiar, hizo que le dijeran los nombres de los soldados mas antiguos del cuartel, soldados que combatieron en Egipto, Italia y aun en América, y les entregó la cruz de la Legion de Honor; en seguida salió del cuartel, saludado por las bendiciones de estos antiguos vestigios de los ejércitos de la Revolucion y del primer Imperio.

El gobernador de los Inválidos, conde de Ornano, recibió el baston de mariscal de Francia.

— Con motivo de esta ceremonia damos en otro lugar de este número una noticia ilustrada del cuartel de los Inválidos de Paris.

X.

El remedio del amor.

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

I.

En el fondo de un dilatado valle de Navarra, coronado de altas y escarpadas rocas que asoman su frente entre bosques de antiguas encinas y copudas hayas, al margen del Ega cristalino y caudaloso que atraviesa serpenteando, como un inmenso dragon de plateadas escamas,

elévase una quinta, cuyas paredes, ceñidas de amorosa yedra y de lozana y retorcida parra, se miran retratadas en las puras olas del rio, que besan respetuosamente sus carcomidas plantas. Era su dueño una señora de sin par hermosura que huyendo del excesivo calor de la corte de España, y deseando conocer este país famoso, que acababa de ser teatro de la guerra civil, vino por vez primera á visitar las posesiones que en él tenia, á principios de junio del año próximo pasado.

Doña Angela, que así se llamaba, era de mediana edad, de graciosas facciones y talle gentil: su carácter franco, alegre, bullicioso, y sus costumbres irreprochables, si la naturaleza no la hubiese hecho mujer. Su estado no pudiera decir ella misma cuál fuese: casada por poderes sin conocer á su esposo, que era un rico comerciante americano llamado don Juan de Sevilla, y separada de él habia diez años, al mes de haberle conocido, por no poder sufrir su genio sobradamente celoso y adusta condicion, ignoraba en tanto tiempo qué suerte le habria cabido, no sin algun remordimiento, no sin resentirse su amor propio de que el hombre á quien tan enamorado creia, cuando en un momento de despecho se ausentó de su lado, la hubiese olvidado completamente.

La quinta y demás posesiones de doña Angela estaban perfectamente conservadas y cultivadas, aun despues de siete años de guerra desoladora, y los honrados arrendatarios la dieron cuentas las mas exactas del largo tiempo en que habian estado incomunicados. Todo era paz y dulzura donde antes moraban la guerra y la desolacion: en vez de retumbar el estampido de los cañones, hora resonaban los golpes de la azada y del hacha del leñador y los apacibles cánticos de los pastores; hasta los numerosos huéspedes cortesanos que á fuer de curiosos admiradores invadieron aquellas comarcas, parece que se purificaron del contagio de las ciudades antes de penetrar en tan venturoso recinto, que el soplo de la discordia no habia podido contaminar.

Para que nada faltase á la dicha de la hermosa madrileña, el cielo la proporcionó una amiga en Laura, sobrina del abad de uno de aquellos pueblecitos, educada con esmero por una madre que acababa de perder, y dirigida últimamente por los consejos de su anciano y virtuoso tío. Su rostro, cubierto de una dulce palidez; sus negros y rasgados ojos, que rebosaban un fuego celestial; sus encendidos labios, entreabiertos mil veces con tierna melancolía; su aficion á la soledad y á la meditacion, todo indicaba un alma poseida de una pasion que absorbía todos los instantes de su vida. En efecto, dotada de una sensibilidad exquisita, de una imaginacion poética, apenas conoció en San Sebastian, donde residia antes de morir su madre, á un jóven que hizo morada algun tiempo en esta ciudad, cuando se encendió en su pecho la llama del amor que mas tarde debia consumirla: el alma ardiente é impetuosa del mancebo simpatizó sobradamente con la suya; pero la conducta extraña é irregular de aquel inspiró tal desconfianza á su recelosa madre, que al exhalar el último suspiro mandó á su hija retirarse al escondido valle, donde su tío la serviría de padre, y olvidar un amor que debia hacerla desgraciada. Lo primero fué cumplido religiosamente; lo segundo... ¡ay! era imposible.

Una tarde del mes de agosto en que un fresco cefirillo mitigaba el ardor del sol cercano al horizonte, las dos amigas, dulcemente enlazadas con sus brazos, vestida una de blanco y coronada de menudas florecillas como la aurora de primavera, y cubierta la otra de negro luto que tanto realizaba su palidez, paseaban á la orilla del rio, que poblada de álamos y pomposos sauces, les ofrecia fresca sombra. El sol lanzaba rayos de fuego sobre su tumba, y flotaba con esplendor en la púrpura y el oro, reflejando con brillantez estos colores en las dormidas olas del Ega. Los montes del Oriente parecian cubiertos de una niebla violada, y los bosques del ocaso se asemejaban á una verde esmeralda: los pueblecillos de este lado se teñian de un dorado magnífico, y los que á la sombra estaban cobijados, se confundian tras de un hermoso claro-oscuro.

Embebecida Laura en su habitual melancolía, guardaba el mas profundo silencio: la hora convidaba á extasiarse en tristes contemplaciones; pero no eran las delicias de la naturaleza las que la hacian enmudecer. Doña Angela, distraída con el murmullo del rio y de los árboles y con las flores que tronchaba con sus delicados piés, no parecia dispuesta á interrumpir los trasportes de su jóven amiga, cuando de repente alza esta los ojos y ve á lo lejos un caballero que lentamente bajaba una colina montado en un soberbio caballo.

La sobrina del abad creyó distinguir á su idolatrado amante, y se estremeció; su corazon latia con tal fuerza, que doña Angela no pudo menos de advertirlo. Su andar era mas apresurado; sus ojos estaban fijos en el peregrino, como los del águila sobre su presa; sus latidos eran cada vez mas violentos.

— ¡El es! ¡él es! dijo por fin abrazando convulsivamente á su amiga, al verle salir del bosque cercano. Laura se desprendió de ellos súbitamente, y corre desalada á los de su amante, que al verla se tiró de su caballo.

— ¡Laura! la dijo con un acento conmovido, reprimiendo un sollozo en su rostro varonil. ¡Al fin te vuelvo á ver!

— ¡Enrique! contestó la doncella con voz profunda, como si saliese del centro de la tierra; ¡Enrique!... y nada mas pudo añadir.

Doña Angela contemplaba serena este cuadro, procurando adivinar por el traje y acciones del caballero á qué categoría perteneciese. Su semblante no la era ab-

solutamente desconocido, aunque no recordaba en dónde le habia visto.

Mientras tanto los dos amantes se prodigaban las mas tiernas caricias; la virtuosa Laura habia vuelto á recuperar su dignidad de mujer, un momento olvidada en los priñeros arrebatos de la pasion, y Enrique estaba tan embelesado, que ni siquiera reparó en doña Angela cuando se acercaron á ella: esta lo hubiera calificado de imperdonable grosería, á no advertir la ardiente mirada del amante, ciego absolutamente para todo lo que no fuese su querida.

El criado de don Enrique llevaba de las riendas el caballo de su amo.

— ¡Pícarilla! dijo doña Angela á la jóven, que rebosaba un júbilo celestial. Vámos, que tu conquista no es tan despreciable para haberla tenido oculta.

La sobrina del abad no respondió mas que con una ligera sonrisa: apenas era dueña entonces de poder hacer mas demostraciones á quien no fuese su idolatrado Enrique; pero este, desconcertado por aquella voz, no pudo reprimir un movimiento convulsivo y exclamar aterrado:

— ¡Señora!

Las dos amigas atribuyeron esta impresion á la sorpresa que le habia causado el hallarse con una nueva persona, cuando en su enajenamiento creia que nadie les acompañaba. Por eso dijo la mas jóven no sin algun rubor y confusion:

— Vas tan aturrido, Enrique, que ni siquiera has visto á esta señora.

Y observando que don Enrique no la hacia cumplido ni saludo alguno, añadió:

— Es una amiga mia que acaba de venir de la corte; nuestras relaciones son de pocos meses; pero segun las raices que han echado en nuestro corazon, parecen de muchos años.

Enrique tampoco respondió.

Si la noche que iba afortunadamente cerrando no ocultara las contracciones de su semblante, su mortal palidez y el erizamiento de sus cabellos, las señoras se hubieran asustado.

Vuelto por fin un poco de su turbacion, pudo tartamudear algunas palabras, haciendo una leve inclinacion de cabeza, de las que la maligna señora se reia para sus adentros, y pensaba comentar en su tertulia.

Poco tiempo despues Laura se retiró á su casa, y don Enrique pudo excusarse de admitir los ofrecimientos de doña Angela que le importunaba con la suya, y se hospedó en la de un honrado labrador con quien tenia algunas relaciones.

Ninguno de nuestros tres personajes pudo disfrutar aquella noche un sueño tranquilo y blando: el de Laura fué arrebatado por el amor; turbado el de doña Angela por la curiosidad é imperceptibles sobresaltos, y usurpado el del caballero por todo linaje de tormentos.

Así al menos debió suceder; porque al abandonar el lecho del dolor advirtieron con espanto los de su casa su rostro pálido, hundidos los ojos y erizado su cabello: saludarle y no responde; le preguntan y solloza; le compadecen y lanza miradas de furor. Sale por fin del techo hospitalario y se dirige, — ¿á dónde? — Ni él mismo lo sabe. Sus primeros pasos parecian encaminarse á la casa del abad; pero se fueren maquinalmente hacia la quinta. La vista del rio, ancho y profundo, le despertó un sombrío pensamiento, porque sus labios se contraen sonriendo amargamente, y murmura diciendo:

— ¡Es preciso verla!

Y aparta sus ojos de las olas dirigiéndolas una rápida ojeada, como la última del avaro á su tesoro.

Encontró por fin don Enrique á la dueña de la quinta tomando chocolate en un elegante cenador del jardin, y no pudo menos de sorprenderse la buena señora al verle tan desaliñado en sus vestidos y tan destigurado en su semblante: con la mayor cortesania le ofreció el desayuno, y le mandó sentar; ambas cosas rehusó el caballero bruscamente.

— ¡Pero qué tiene Vd.! añadió. ¿Es Vd. el mismo que vi ayer tarde en los brazos de mi amiga?

Don Enrique tembló, y lanzando un profundo suspiro, respondió con abatimiento:

— No, señora, no soy el mismo, porque no soy el amante de Laura.

Estas últimas palabras le costaron un penoso esfuerzo.

— Caballero, dijo la señora, como picada ya de curiosidad; desde anoche pude entrever algun misterio en su conducta de Vd., y hoy se confirman mis sospechas. No he podido menos de pensar despues que nos separamos...

— ¿Será posible que Vd. haya pensado en mí esta noche pasada? la interrumpió con viveza y emocion.

Doña Angela hubo de sorprenderse, tanto del tono de voz del caballero, como de sus palabras.

— Señor don Enrique, le contestó, aunque esta sea la segunda vez que tengo el honor de hablar á Vd. en toda mi vida, me atrevo á decirle que no hay motivo alguno para admirarse de que una persona recuerde á la noche lo que le ha sucedido ó visto durante el dia, mayormente cuando esto sale de la esfera comun y regular.

Don Enrique la contestó, mirándola con ojos indagadores:

— Señora, he tenido la desgracia ó la fortuna de ver á Vd. en Madrid repetidas veces; y la fortuna ó desgracia mayor todavía de apasionarme de Vd. con delirio y ceguedad.

Una carcajada que no pudo reprimir la burlona señora, dejó cortado al desventurado jóven; y tratando aquella de soldar este brusco rompimiento, le dijo retozandola la risa en sus hermosos labios:

— He debido conocer desde un principio que su condici6n de Vd., amiga de bromas, simpatiza con la mía.

— Señora, contestó don Juan casi vertiendo lágrimas de fuego, cuando un hombre como yo, despues de haber pasado una noche que solo pueden envidiar los réprobos; despues de andar luchando y reluchando con una pasion que me sigue á todas partes como las sombras al asesino, que me rebosa del corazon y me despedaza; cuando un hombre en el estado mas miserable, y profundamente conmovido dice á una mujer: «yo te amo,» creo que no es la risa, no es el desprecio el que debe responderle.

— Me parece, don Enrique, que no ha despertado usted todavía: supone que habla delante de Laura, la sobrina del abad, y soy yo, doña Angela de...

— No sueño, no; ¡ojalá soñara! ¡ojalá que estos momentos amargos y crueles me dejaran tan solo un recuerdo pasajero al despertar! Conozco que mi conducta es bastante extraña para que no disculpe suficientemente ese aire jovial con que Vd. rechaza mis palabras de lava ardiendo: conozco que del hombre de ayer tarde que pudo por un momento ahogar su primer amor con las caricias de otro; al hombre que hoy desdeñando estas se halla en vuestra presencia esperando la vida ó la muerte, hay una semejanza que lo hace desconocer. Señora, yo he amado á Vd. desde hace mucho tiempo, y muy desde los principios desesperé de mi felicidad: he tratado de combatir de todas maneras esta malhadada pasion, y una de ellas ha sido queriendo encender otra nueva. Me dirá Vd. que he hecho una víctima, que he despedazado un corazon bárbaramente; mis remordimientos me lo repiten incesantemente de una manera mas espantosa. He hablado á Laura como un enfermo en el delirio de la fiebre; la he escuchado como el hombre embebido en profundas reflexiones escucha un cántico apacible y armonioso; como el desesperado el murmullo de las olas en que va á sepultarse. Hubo un dia, lo confieso, en que di un paso en la carrera del olvido; pero ayer torné, señora, á mi senda acostumbrada, para no descaminarme jamás.

— Pues vamos, contestó doña Angela con cierta ironía; una vez aprendido el camino es muy fácil volverle á encontrar: Vd., no lo dudo, hará mas progresos en él; y el tiempo, la ausencia, y sobre todo, esa práctica de galanteos y esa facilidad de jugar con el corazon de unas muchachas sencillas é inexpertas, borrarán para siempre de su alma la memoria de una señora casada, que siempre será fiel á la de su esposo.

Dicho esto, se levantó doña Angela en ademan de retirarse.

— ¡Angela! contestó don Enrique no pudiendo reprimir un movimiento de alegría; y luego añadió con abatimiento: — ¿Y sabe Vd. si existe ese desventurado?

— ¿Mi esposo?

— Don Juan de Sevilla.

La señora quedó desconcertada. En aquel momento conoció de lleno cuán culpable era su indiferencia, y cuán poco delicada su conducta. Se ruborizó al verse advertida por un extraño; derramó una lágrima que resbalando por sus mejillas fué á caer en la frente de su esposo, el fingido don Enrique, que arrodillado delante de ella, la cogió una mano que regaba con abundoso llanto, y sollozaba profundamente cuando queria hablar.

Era en efecto don Juan de Sevilla, diez años há separado de su esposa; vagabundo, errante, luchando con su intenso y fatal amor, y esforzándose por desarraigarlo con otro nuevo. Era un torrente que desviado por su impetuosidad de su curso acostumbrado, se detiene en un profundo valle, y lo tala é inunda, y torna luego al cauce desamparado: era un ciervo acosado de la suelta trahilla de hambrientos canes, que para libertarse de sus agudos dientes penetra en el bosque enmarañado y desgaja sin piedad las tiernas y floridas ramas en su veloz carrera. Tronchó, si, desapiadado aquella flor solitaria, con toda la frescura de su belleza, con todos los perfumes de su inocencia, con toda la lozanía de su juventud, sin tener ni aun el triste consuelo de que el sacrificio de la inmaculada víctima aplacase la volcánica pasion que le consumía.

Don Juan hubiera hecho á su conturbada esposa la declaracion de su misteriosa existencia, si en aquel momento no se oyeran pisadas y el rumor del ramaje removido por algunas personas que al cenador venían. Doña Angela le ayudó á levantar del suelo; serenáronse ambos del mejor modo posible, al tiempo en que varios jóvenes llegaron á visitar á su amable posesora, que los recibió con la alegría acostumbrada.

Don Juan se separó de aquella bulliciosa concurrencia, despues de haber entregado á su esposa unas líneas que en un momento favorable pudo escribir en una hoja de su libro de memorias.

Algo mas sereno, no pudo excusarse de hacer una visita á su engañada Laura, que temblando de amor y de impaciencia, le esperaba de pechos en el balcon de su casa.

Ajena la infeliz de la tempestad que iba á estallar sobre su incauta frente, quedó tan pagada y contenta porque su amado Enrique colocó en su pecho, exhalando un profundo suspiro, una rosa que sus delicadas manos habían cortado para él aquella mañana.

II.

Era la noche. La luna, suspendida en medio del azulado firmamento, circundada de una aureola misteriosa suavemente desvanecida, oscurecia á las estrellas cerca-

nas, que la seguian en cortejo reverente. Cortado el valle con duras y atezadas sombras, hacia resaltar mas vivamente la plateada luz del astro de la noche, que reflejaban las tersas y peladas rocas y las dormidas olas del anchuroso rio: no se sentia mas ruido que el sordo susurro de los árboles y el chasquido de las olas, semejante al crujido de un beso maternal. Era una de aquellas noches de verano cuya deliciosa frescura nos detiene irresistiblemente en la contemplacion, y nos hace enojoso el lecho regalado.

En el extremo oriental de la quinta de doña Angela, bañada por el Ega, hay un mirador á la flor del agua en el que estaban recostadas nuestras amigas, abismadas al parecer en profundas cavilaciones. La mas jóven levantó la cabeza que tenia reclinada sobre su pecho, y dijo con voz melancólica, despues de haber lanzado un profundo suspiro:

— Señora, no puedo menos de vaticinar muy mal de todo lo que me pasa. ¡No verme sino una sola vez! ¡No venir aquí, donde sabe que pudiera encontrarme!

— Tal vez no sea tarde para acudir á la cita que ha pedido.

— ¡Pedir! ¿A quién? Aseguro á Vd. que ni una sola palabra me ha dicho... ¡Una cita!... ¡y lo digo con rubor, yo soy quien le ha insinuado que aquí nos solemos reunir todas las noches!...

— ¿He dicho yo acaso que sea de tí de quien la haya demandado?

— ¿De quién, pues? preguntó Laura con inquietud.

— De mí, contestó doña Angela tranquilamente, poniendo un billete en manos de su amiga.

Laura leyó estas palabras á la luz de la luna: «Tengo que hacer á Vd. importantes declaraciones, y la espero á las diez de la noche en el jardin. ¡Angela, no olvide Vd. que de sus labios pende mi vida!»

— ¡Pero aquí no hay firma ninguna! exclamó con sobresalto.

— Es de Enrique.

— ¡Imposible!

— ¿Dudas de mi veracidad, amiga mía? Yo te lo perdono, porque eres muy digna de compasion. El amante que tan cortos instantes te ha consagrado en este dia ha pasado conmigo horas enteras, y no han debido parecerle suficientes todavía...

— Y qué, señora, ¿quiere Vd. hacerme sospechar de mi Enrique? ¿Decirme que es Vd. mi rival? ¿Probarme que me ha robado su cariño? Laura miraba desdeñosamente á su amiga; pero abatida por este penoso esfuerzo se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¡No es mi amiga la que así me habla!... Es la amante de ese Enrique, de ese Enrique que debes olvidar para siempre.

— ¡Madre mía, madre mía! Lo mismo me decia mi madre, dijo Laura sollozando.

Doña Angela se sentó junto á ella, la cogió una mano con ternura, y la dijo en acento compasivo:

— Escúchame, hija mía, y por Dios te ruego que prepares tu ánimo para todo cuanto pueda sobrevenirte.

Laura, tú eres jóven, pura, llena todavía de esas dulces creencias, que son los primeros encantos de la vida; brillantes y cándidas ilusiones que embriagan tu corazon, hasta que desaparecen despues de mil pruebas que nos desengañan de lo que son los hombres, sus palabras de amor, sus repetidos juramentos.

Esta leccion es comunmente dura, larga y costosa. Marchita nuestros mas floridos años, la parte mas bella de nuestra existencia: y cuando ya tenemos conocimiento de las cosas, segun son en realidad, cuando la desgracia nos revela las amargas verdades de la sociedad humana, estamos tan exhaustos, que no tenemos aliento ni resolucion para oponer una indiferencia burlesca á las peligrosas abstracciones de los afectos, á quienes todo lo hemos sacrificado. Antes de conseguir este caudal de desengaños, que pueden únicamente sosegar á las almas ardientes como la tuya, es necesario sufrir muchísimo, hija mía, derramar abundantes lágrimas, tener continuos choques y caidas en esta florida senda que hollamos seducidos. Pues bien; yo quiero, amiga mía, ahorrarte este cruel noviciado; quiero infundirte mi saber y mi experiencia, eximiéndote con una sola prueba de todas las que amenazan á tu inocencia: quiero, en fin, darte un remedio para curar tu amor.

— Señora, ¿qué quieren decir esas horribles palabras? ¡Por piedad!...

En este momento sonaron las diez en el reloj de la iglesia principal de la comarca; la vibracion sonora se oía mucho despues de concluida la última campanada, y fué perdiéndose insensiblemente, como las impresiones del amor se desvanecen con el tiempo.

(Se concluirá.)

El cuartel de los Inválidos en París.

Un verso de Virgilio, el famoso *veteres migrate coloni* de la égloga, que no se debe traducir por *antiguos colonos* sino por *veteranos colonos*, nos dice cuál era la suerte de los inválidos en tiempo de la república romana: señalaban á los soldados ancianos algunas tierras para que las cultivasen en los vastos dominios del Estado, si bien es verdad que solian despojarlos tambien de estas concesiones.

Con el establecimiento de las *milicias permanentes*, que data del siglo XV, debió coincidir sin duda el cuidado de asegurar la existencia á los guerreros que quedaban

fuera de servicio por las heridas ó por los años. A falta de otra cosa, los alojaban en casa de los señores y de los monges, siendo esta una verdadera contribucion de guerra levantada por el poder real sobre esas dos clases privilegiadas.

En los castillos fuertes, los inválidos de los siglos XV y XVI tomaban el nombre de *pagas-muertas*; y en los conventos llevaban el de *oficiales-legos* ó *monges-legos*. En el cuartel de los Inválidos de París hay una sala que llaman de los *oficiales monges-legos*.

Además el clero pagaba pensiones militares con el título de *oblatos*, y los antiguos oficiales ó soldados que las recibian llegaron á tomar con el tiempo el nombre de *oblatos*.

Enrique IV fué el primer rey de Francia que se ocupó en reunir los inválidos diseminados en todos los puntos del territorio, y los alojó provisionalmente en el establecimiento piadoso de la *Oursine*, llamado de la *Caridad cristiana* ó de los *Niños encarnados*, fundado por Nicolás Houel, rico boticario de París, que fué el primer fundador de la escuela de Farmacia y del Jardin de Plantas.

En tiempo de Luis XIII los inválidos cambiaron de habitacion y pasaron á Bicetre; pero los hugonotes quedaron excluidos de la régia hospitalidad.

Finalmente Luis XIV erigió, por sus edictos de 1670, 1674 y 1675 la magnífica fundacion donde los servidores del Estado han hallado desde entonces un asilo.

El edificio se levantó segun los planos del arquitecto Liberal Bruant; la iglesia, por los de Julio-Hardouin Mansard.

Se cuenta que en aquel tiempo el arquitecto Wren construía la soberbia cúpula de San Pablo; Luis XIV no quiso ser menos que Carlos II, y encargó á Mansard la cúpula de la iglesia de los Inválidos, que es tambien una hermosa obra, aunque no se halla en proporcion con las dimensiones de la nave.

El producto de los *oblatos* y un derecho de dos dineros por libra sobre toda cantidad pagada por los tesoreros, que despues se subió á tres, fueron asignados para hacer frente á los gastos de este útil y lujoso establecimiento.

Tenemos á la vista una estampa contemporánea que representa á Luis XIV en el acto de la fundacion, y la explicacion que acompaña á esta escena alegórica pinta muy bien el espíritu del monarca y el de la ereccion.

«La *Caridad*, dice, que está á la derecha de Luis XIV, le presenta oficiales y soldados estropeados en su servicio, y le inspira la idea de establecerles un asilo. La *Arquitectura*, la *Pintura* y la *Escultura* que están á la izquierda del rey, esperan una orden para ponerse de acuerdo acerca de la distribucion y la decoracion de este magnífico edificio, y la *Fama* publica el piadoso intento del gran rey.»

Es cierto que la pintura, la arquitectura y la escultura trabajaron mucho, demasiado quizá, en el nuevo hospicio. Tambien se echó en cara al rey que gastaba con exceso, y que sacrificaba lo útil á lo grandioso en la distribucion del edificio. Pero nada es perfecto en la tierra, y este era el noble defecto de una cualidad eminente: bien se ha corregido despues.

Se emplearon en el edificio los talentos de Mansard, Coustou, Coyppel, Jouvenet, Corneille, Luis y B. de Boulogne.

El cuartel que comprende veinte y tres patios y una masa enorme de construcciones, presenta sobre la esplanada una fachada imponente de mas de 600 piés de largo.

El patio de honor con dos hileras de arcos es de un aspecto majestuoso. Tiene de largo 500 metros, y esta medida corresponde matemáticamente á la elevacion de la cúpula, resplandeciente de dorados cuando salió de manos de su hábil autor.

El dorado se renovó en 1813, pero no quedan ya vestigios de él, y es probable que la operacion no se repita.

Delante del cuartel se extiende una esplanada de 200 toesas de largo, flanqueada de fosos, con una hermosa verja, y armada de cañones pacíficos, que se disparan en los dias de grandes solemnidades.

Por ambos lados de la esplanada se encuentra en una avenida de tilos, una porcion de jardinillos cultivados por los inválidos. La mayor parte de ellos tienen una estatua, no hay que decir de quién. Tambien se ven en algunos los planos de diferentes fortalezas.

Napoleon que no hizo gran cosa por este establecimiento, si no es enviar á él numerosos huéspedes, ha absorbido la gloria de que disfrutaba Luis XIV entre los inválidos. Su estatua gigantesca (el mismo modelo de la que se ve en la plaza Vendome) domina el patio de honor, en tanto que se busca vanamente la imagen del fundador de la casa.

Un personaje que ha dejado memoria entre los inválidos es Pedro el Grande, cuya visita recibieron en 1718, que estuvo allí largo rato y bebió con ellos una copa de vino, la cual embriagó á todos los corazones.

El cuartel de los Inválidos puede contener hasta seis mil habitantes; pero es raro que este número se complete. Para ser admitido hay que justificar heridas graves que han ocasionado la amputacion ó la incapacidad de servicio; toda pension queda suprimida con la entrada en la casa.

Los sargentos y soldados cuyo retiro es módico, y los oficiales que no tienen mas fortuna que su pension, hallan ventaja en abandonar esta renta por la admision en el cuartel, donde lo tienen todo, hasta una pequeña paga que varia segun el grado, de dos á treinta francos mensuales.

La comida es igual para todos; sin embargo, los oficiales comen aparte, y pueden usar cubiertos de plata.

Los capitanes y tenientes se sientan á la mesa en comun. Los oficiales superiores pueden ser servidos en sus cuartos. En cuanto á los sargentos y soldados, dos veces al dia se sientan en dos vastos refectorios con pinturas al fresco que representan planos y vistas de fortalezas,

y se colocan de doce en doce en torno de unas mesas abundantemente servidas. El mantenimiento de un inválido cuesta al Estado 1 fr. 80 c. cada dia, y el de un oficial 2 fr. 20 céntimos.

Estos antiguos servidores de la patria, gozan así de

una existencia apacible y bien superior á la que podrian esperar de su retiro ó de sus humildes recursos. Por esto á pesar de sus achaques y heridas llegan á una edad muy avanzada.

Una visita al cuartel de los Inválidos es uno de los de-



EL CUARTEL DE LOS INVALIDOS EN PARIS, VISTO POR EL LADO DE LA ESPLANADA.

beres que se impone todo forastero que pasa ocho dias en Paris. El provinciano sobre todo, considera esta inspeccion como indispensable, so pena de incurrir en la animadversion de sus amigos y parientes.

— ¿Has visto los Inválidos?

— ¿Y el hombre sin piernas ni brazos?

— ¿Y la famosa marmita?

Tales son las primeras preguntas que oye de vuelta en su pueblo. Por nuestra parte debemos decir, que á no ser las proporciones del monumento, nada justifica esta curiosidad provinciana. El venerable tronco humano, de que tanto se habla, no está ya en este mundo, si es que alguna vez ha estado; y en cuanto á la marmita, ó las marmitas, pues he visto cuatro, pueden simplemente contener un buey, ó diez y ocho terneras, ó treinta y seis carneros — la comida de un dia en los Inválidos.

Así pues, cuando el visitante ha dado una vuelta por los patios, por el refectorio, los dormitorios y la biblioteca, donde se halla un plano en relieve de la casa; cuando ha admirado el servicio de plata de los oficiales y la famosa marmita, no tiene otra cosa que hacer sino entrar en la iglesia, adornada con banderas de todas las naciones, y bajar al sepulcro de Napoleon, objeto particular de las visitas en estos últimos años.

En los pilares de la nave de la iglesia hay tablas de mármol ó de cobre que contienen los nombres de los mariscales ó generales, la mayor parte de ellos antiguos gobernadores del cuartel, cuyos despojos yacen en las bóvedas de la iglesia.

Los nombres que hemos recogido son estos: Lemaçon de Orмой, preboste general, jefe de las bandas y de los

guardias franceses, primer gobernador del cuartel; Espagnac, Guibert, Coigny, Kleber, Hautpoul, Bisson, Eblé (de estos cuatro últimos solo se conservan los corazones), Baraguey de Hilliers, Lariboissiere, Bessieres, Duroc,

entre la balastrada del coro y el magnifico altar mayor, detrás del cual está la tumba del emperador.

Son estos privilegiados Espagnac, Oudinot, Jourdan y Moncey.

Para dar una idea de ellos elegiremos el último. Este monumento se compone de una cabeza de medallon, esculpida por David, sobre un mármol blanco engastado en uno de los pilares y que se halla en la iglesia á la izquierda al entrar en el coro. Al rededor de la cabeza se leen estas palabras: *Bon Adrien-Jannot de Moncey, duc de Conegliano*; debajo hay un trofeo compuesto de dos palmas y dos bastones de mariscal acompañados con la estrella de la Legion de Honor.

Al poner aquí un dibujo que representa este sencillo monumento levantado á la gloria de uno de los mas fieles capitanes de Napoleon, parecenos oportuno recordar los principales rasgos de su larga vida.

A la edad de quince años Moncey salió del colegio de Besancon para alistarse en el regimiento de Conti infantería; pero cansado de los rigores del oficio, tomó su licencia. No obstante, se alistó despues en el regimiento de Champaña infantería, hizo la campaña de las costas de Bretaña, y sirvió como granadero hasta el 17 de junio de 1773. Sintiendo entonces haber resistido al deseo de su padre, abogado en el parlamento del Franco Condado, que queria hacerle entrar en la magistratura, compró por segunda vez su licencia y fué á

estudiar leyes á Besancon. Parece ser que los estudios no le agradaron, pues el 22 de abril de 1774 entró en los gendarmes de la guardia, y sirvió en este cuerpo hasta el 20 de agosto de 1778, época en que pasó de subteniente á



LOS JARDINILLOS DE LOS INVALIDOS.

Couchy, Jourdan, Serrurier, Lobau, Damrémont, Oudinot, Valée, Duperré y Moncey.

Cuatro de estos generales ilustres tienen un monumento especial aunque modesto, en la iglesia de los Inválidos,

la legión de voluntarios de Nassau-Siegen. Conquistando sus grados con rapidez, se halló comandante de batallón en 1793, y en calidad de tal tuvo á sus órdenes en el ejército de los Pirineos orientales, la legión conocida con el nombre de *cazadores cántabros*, á cuya cabeza se distinguió. En abril del año siguiente fué nombrado general de brigada, y dos meses despues general de division; sus servicios le valieron una declaracion de benemérito de la patria.

Nombrado por el comité de salud pública general en jefe de los Pirineos orientales, Moncey se apoderó en España de las fábricas de armas de las provincias, y al cabo de muchos combates en los que halló una resistencia heroica, firmó el tratado de paz de San Sebastian.

En la campaña de Italia de 1800, Moncey, encargado del mando de un cuerpo de 20,000 hombres, hizo importantes servicios; atravesó el San Godardo, tomó Plasencia y toda la parte de la alta Lombardia comprendida entre el Adda, el Tessino y el Po, siendo citado con elogio en el boletín de la gloriosa batalla de Marengo.

El 3 de diciembre de 1801 recibió el nombramiento de inspector general de la gendarmería nacional, empleo equivalente á un segundo ministerio de la policía. Comprendido el 19 de mayo de 1804 en la primera promoción de mariscales del Imperio, mandaba en 1809 en el ejército de España el cuerpo de observacion de las costas del Océano, que fué mas tarde el tercer cuerpo; y se halló en el célebre sitio de Zaragoza.

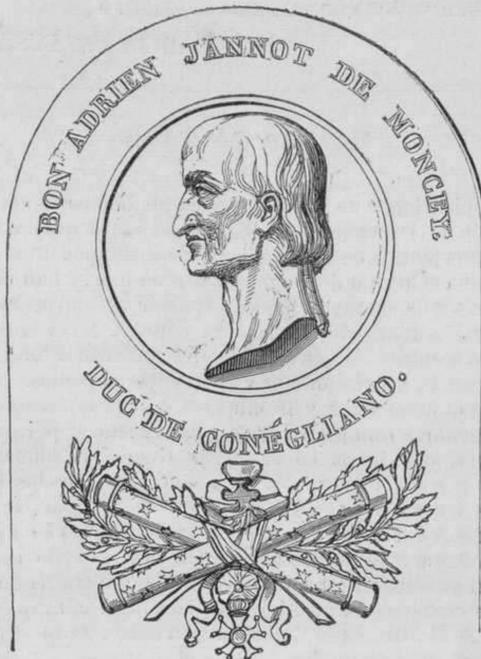
Mayor general y segundo comandante de la guardia nacional de Paris, disputó valerosamente á la Europa coaligada las barreras de la capital (31 de marzo de 1814). Aunque recibió favores de la Restauracion, Moncey rehabilitó completamente su carácter por su noble conducta en el triste proceso de Ney; comprendido en el número de los miembros del consejo de guerra que debia juzgar al mariscal, escribió á Luis XVIII una carta, en la cual decia entre otras cosas: «Colocado en la cruel alternativa de desobedecer á V. M. ó de faltar á mi convicción, debo explicarme con V. M. No entro en la cuestion de saber si el mariscal Ney es inocente ó culpable. ¡Ah! Señor, si los que dirigen á V. M. no quisieran mas que su bien, le dirian que el cadalso nunca hizo amigos. ¿Creen pues que la muerte sea tan terrible para los que la han desafiado tan á menudo? En el paso del Beresina, Ney salvó los restos del ejército; yo tenia allí parientes, amigos, soldados en fin, que son muy amigos de sus jefes; ¡y enviaria á morir al hombre á quien tantos franceses deben la vida, tantas familias sus hijos, sus esposos y sus parientes! No; si no me está permitido

salvar mi pais ni mi propia existencia, salvaré al menos el honor; y si me queda un sentimiento, es el de haber vivido demasiado, puesto que sobrevivo á la gloria de mi patria. ¿Quién es no digo el mariscal, sino el

hombre de honor, que no haya sentido no hallar la muerte en los campos de Waterloo? ¡Ah! Quizá si el desgraciado Ney hubiese hecho allí lo que ha hecho tantas veces en otras partes, acaso no seria llevado ante un consejo militar; acaso los que piden hoy su muerte implorarian su proteccion. Excusad, Señor, la franqueza de un viejo soldado, que alejado siempre de las intrigas no ha conocido mas que su oficio y la patria, y que ha creido que la misma voz que ha censurado las guerras de España y de Rusia, podia hablar tambien el lenguaje de la verdad al mejor de los reyes, al padre de sus súbditos. No se me oculta que cerca de otro monarca cualquiera el paso que doy casi seria peligroso; no me disimulo tampoco que puedo atraerme el odio de los cortesanos; pero si al bajar á la tumba puedo exclamar con uno de vuestros ilustres abuelos: *Todo está perdido menos el honor, moriré contento.*»

Estas amonestaciones no fueron del gusto de Luis XVIII, y Moncey destituido de su grado fué á expiar durante tres meses su franqueza en el castillo de Ham. Sin embargo logró su gracia, y así fué que todas sus dignidades le fueron devueltas con creces, y en 1823 tomó á la cabeza del 4º cuerpo una parte muy activa en la expedicion anti-liberal de España.

De vuelta en Francia, la única ambicion del mariscal Moncey fué el gobierno de los Inválidos, á que fué nombrado en 1833, cuando el puesto quedó vacante por la muerte del mariscal Jourdan. Inválido tambien, el mariscal Moncey se dedicó á mejorar la suerte de los hombres confiados á su cuidado. Moncey que siempre en el fondo de su corazon habia permanecido fiel al emperador, renunció á su sepultura de familia, y manifestó el deseo de ser enterrado cerca de la tumba de Napoleon. X.



BON ADRIEN JEANNOT DE MONCEY, duque de Conegliano.

nacido en Palisse (Doubs)
el 31 de julio de 1754;
voluntario
en 1768;
comandante en jefe
del ejército de los Pirineos orientales
en 1794;
hace la paz con la España;
Mariscal de Francia,
17 de mayo de 1804;
Par de Francia;
gobernador de los Inválidos,
en diciembre de 1833;
muerto en el cuartel de los Inválidos,
20 de abril de 1842.
¡Que en paz descanse!

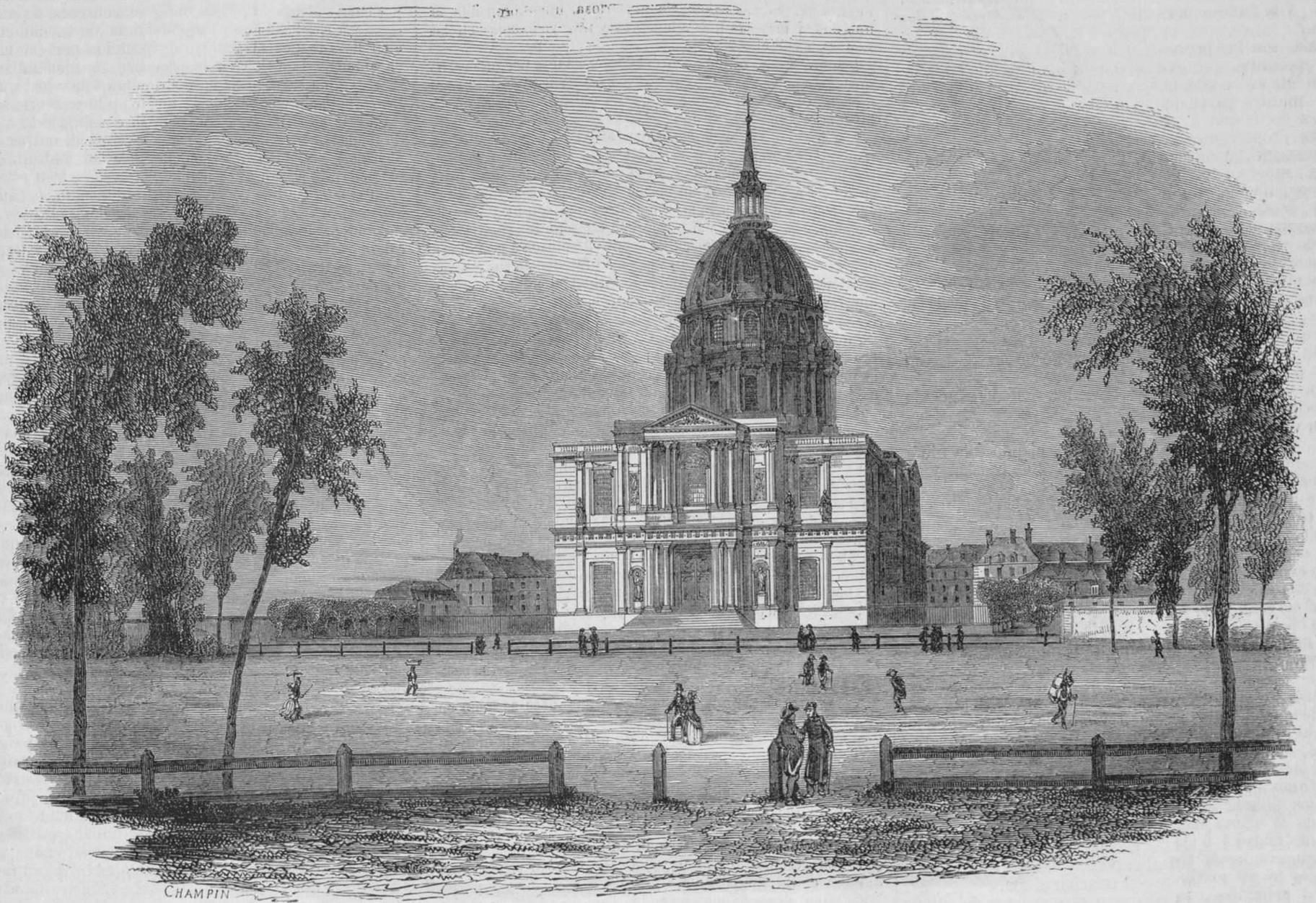
Un oso.

No crean nuestros lectores que vamos á explicar una leccion de historia natural, haciéndoles la descripcion de esa fiera de las montañas.

Nada mas lejos de nuestro propósito.

Queremos describir el *oso* de la sociedad humana, ese ente que con todas las condiciones de hombre racional, prescinde de este precioso don, convirtiéndose en *esquina, correo, centinela, lacayo, etc., etc.*, segun las circunstancias.

Ante todo será oportuno sepamos porqué á un hombre se le pudo nunca llamar *oso*.



FACHADA DEL CUARTEL DE LOS INVALIDOS POR EL LADO DE LA IGLESIA.

Es natural cuando se ve alguna cosa que llama la atencion, hacer comparaciones con otras que se le asemejen, para deducir la mejor ó peor cualidad de la que hiere los sentidos.

Ahora bien: chocándole á cualquiera los paseos y quietudes limitadas de algun prójimo, buscaria á semejanza del modo de vivir de este, y no pudo menos de encontrarla en el *oso*, que con muchisima gravedad y lenti-

tud recorre una y otra vez el reducido espacio de su jaula. Los que quieran convencerse de esta asercion, no tienen mas que visitar una casa de fieras; la del Retiro, por ejemplo.

De esa *cómica* formalidad y esos singulares paseos, nació la expresión de *hacer el oso*.

Ya que no nos *coge de susto* la frase, veamos los inconvenientes con que tropiezan los que á tal animal imitan, para que huyamos de remediarlos, y la mas hermosa mitad del género humano haga desaparecer para bien suyo esa costumbre *osada*.

Hemos observado una y mil veces, que el epíteto « necio » ofende la susceptibilidad mas apagada, haciéndole subir la sangre al rostro, descomponiéndoles las sacudidas de ese móvil que se llama pundonor.

Nadie sin embargo se altera al oír: « Usted hace el oso á N. » y el *oso* es mas que necio, porque no tiene racionalidad.

Ya tenemos un inconveniente.

Otro:

El desdichado que llega á caminar por esa senda no tiene tiempo para nada.

Por la mañana, por la tarde, por la noche, se ocupa en *osear*; desatiende por completo sus obligaciones, nunca llega á la hora oportuna para comer con la familia; se ve precisado á mentir para disculpar su tardanza; como no dice la verdad, su espíritu se abruma con el incesante sobresalto de caer en contradicciones infinitas, viniendo á ser incapaz de tomar á su cargo cualquier otro asunto que no sea *hacer el oso*.

Otro:

Cuando un hombre se convierte en *esquina*, amen de estar en una posición crítica á manera de *puntal*, estorba el paso á los transeúntes que tienen que salir de las aceras, so pena de tropezar con las narices del *oso*.

Arrimado al edificio, del que parece un *accesorio*, sufre los rigores del tiempo: ya el sol al cabo de unos días le tuesta la faz; ya el agua entrándole por el cuello de la camisa llega á mojarle los pies; ya el viento lleno de torbellinos de polvora ciega y le impide respirar; ya por último el frío le deja en inacción sus extremidades.

El que *hace el oso*, la mayor parte de los días *disfruta* de un solo clima; medio seguro y eficaz para no tener mas habitaciones que la alcoba, ni mas visitas que el médico.

Otro:

Si el que *hace de esquina*, pasa á la categoría de *correo*, suben de punto las incomodidades.

Sale detrás de un carruaje á paso largo, que á corto trecho se convierte en agitado, y termina en una mas ó menos prolongada carrera, la cual no siempre guarda proporción con el aparato respiratorio del que sigue el vehículo.

Con la vista fija en el carruaje para que no se oculte, estorba á los que transitan por la calle, mas que los mismos caballos. De las pisadas de estos se libertan las gentes, con el oído atento á la voz del cocher; mas como no se puede suponer que un hombre que anda de prisa no vea por donde va, nadie toma precauciones para no ser atropellado, viniendo á serlo por el *correo del oso*.

Otro:

Repuesto del cansancio, vuelve á la calle de donde partió el coche, y vuelve á dar un paseo igual al del *centinela* que guarda un puesto: es decir, á diez pasos de distancia del punto de atención.

Fastidia así á los vecinos de aquellos parajes que tienen constantemente un testigo de vista, y aun da lugar á que se le considere *persona sospechosa*.

En tal situación, todos son para él sobresaltos y chascos. El mas insignificante ruido cree ser la falleba de las vidrieras que han de abrirse, y no se abren.

Si sale de la casa una persona masculina, no sabe el *oso* cómo ocultar la cara para que no le vea el severo papá ó el irritado tutor.

Llega por fin la noche, y con la luz se le desvanece la esperanza de *ver* lo que anhela.

Otro:

Cuando se convierte en *lacayo* siguiendo á la ninfa que le ofusca por calles y plazas, sirve de irrisión y de escarnio.

Marcha con paso incierto, deteniéndose si el blanco de sus paseos se detiene, espera si entra en una tienda, bien leyendo para disimular los carteles é impresos pegados en la pared, bien mirando los escaparates de los comercios como los niños de diez años.

Sale la señorita de la tienda para volver á su casa: la sigue, la ve entrar, y se queda en la calle con un palmo de narices, muy satisfecho de haber visto por la espalda á la señora de sus pensamientos.

Ultimo inconveniente.

Después de todas estas maniobras se decide el *oso* á dar el *golpe maestro*.

Escribe á su diosa, quien recibe la carta, á la que contesta mandándole las *calabazas* que tiene muy merecidas por haber *hecho el oso* y no saber cómo se hace el hombre.

Además de los inconvenientes anteriores, hay muchísimas tonterías que se convierten en una *letra contra el bolsillo* por valor respetable para un joven. Es menester gastar en guantes, botas de charol y ropa *superfina*: gratificar *generosamente* al criado.

Hasta aquí del hombre con relacion al *oso*.

Cuando las mujeres permiten esas pruebas de adhesión osecática, se acreditan de insensibles, de vanas y *despreocupadas*.

Con todo, compréndese que las deseen, porque al fin tienen en ellas diversion para reír y solazarse un rato.

No se acuerdan de que los demás se rien de ellas.

Pero estas indiscretas criaturas no tienen en cuenta que si ellos hacen el *oso*, inevitablemente han de ser *ellos el femenino* de la especie á que pertenece su amante.

Así las rogamos, nos *desahucien* siempre que nos presentemos á ellas *osadamente*, en la certidumbre de que nos hacen un servicio reproductivo.

De esta suerte no podrá parodiarse en adelante el adagio:

« Donde *osos* se hacen, *osos* se crían. »

JULIO GARCÍA DEL BUSTO.

Revista de Paris.

Ha tenido lugar en Paris el baile que hemos anunciado á beneficio de las víctimas de las inundaciones que ha habido en ciertos puntos de España, y desde luego podemos asegurar que ha sido uno de los mas brillantes que se han visto. El escenario y la platea del Teatro Italiano formaban un magnífico salon adornado con riqueza y gusto. A las once principiaron á entrar los convidados, que vinieron á formar una concurrencia de mas de mil y quinientas personas. Sus Majestades el emperador y la emperatriz, que tambien se dignaron asistir á esta gran fiesta de beneficencia, permanecieron unas dos horas en su palco. Como las señoras que habian querido encargarse de la colocacion de los billetes pertenecian á las primeras clases de la sociedad, se puede decir que en este baile todas las aristocracias se hallaban representadas. No podia suceder otra cosa cuando la iniciadora del pensamiento habia sido S. M. la emperatriz Eugenia. Nuestro embajador don Alejandro Mon, que contribuyó eficazmente al buen éxito del baile patriótico, se mostró tambien en él en uno de los palcos del proscenio. La orquesta era la misma del teatro. En cuanto al producto líquido de la funcion no bajará, segun nuestras noticias, de cinco mil pesos.

Paris es el refugio de los extravagantes de todo el universo. En ninguna parte como en Paris la libertad de costumbres favorece el desarrollo de todos los caprichos, de todas las ridiculeces, de todos los gustos. Hoy tenemos que señalar á nuestros lectores la existencia de una señora del gran mundo que satisface en esta capital una manía de las mas estrambóticas y originales que se pueden imaginar, la de no ver jamás la luz del día. Un periódico de la alta sociedad parisien se titulado el *Sport*, nos ha revelado los detalles de la vida excéntrica de esta dama de noche, á quien designa con el título de la baronesa de X... ¿Qué espera pues esta reina de las tinieblas? ¿Espera un príncipe encantado como en los famosos cuentos de Perrault? ¿Es un voto, una coquetería, ó lo hace para parecerse mas y mas á la rosa blanca cuyo matiz delicado y suave se refleja en su hermosura? Esto es lo que ignoramos; pero lo que si podemos decir es que la baronesa, á pesar de su existencia misteriosa, incomprendible, es una de las mujeres mas admiradas y mas solicitadas en las sociedades de alto tono.

Segun la pinta el biógrafo del *Sport*, es una persona recomendable por su talento y por su gusto artístico, de una gran fortuna, y perteneciente por su nacimiento á las regiones aristocráticas.

Sus aptitudes intelectuales abrazan muchos ramos. Pinta bien y habla perfectamente. Además es aficionada á la poesía, la música y la escultura. El número de cuadros debidos á su pincel podria formar un museo; ha hecho copias de grandes cuadros de los primeros maestros que son muy estimadas. Todas las pinturas al fresco que adornan los altos techos de su palacio han sido ejecutadas por ella misma á una altura del suelo de mas de treinta piés, y con frecuencia sus amigos á quienes recibe en la intimidad, la han encontrado en lo alto de un andamio donde permanecía con el pincel en la mano todo el tiempo que duraban las visitas.

Su individualidad se manifiesta sobre todo en las costumbres prácticas de su vida cotidiana. La baronesa se levanta al medio día, cuando no al caer la tarde; almuerza en la cama; pregunta á sus criados qué tiempo hace y qué hora es, pues nunca sabe la hora en atención que no hay en su casa ningun reloj, objeto rigurosamente excluido en su rico y suntuoso mueblaje.

El criado á quien se dirige, la responde segun su conveniencia particular; adelanta ó atrasa la hora segun el estado de sus tareas en la casa.

A eso de las once la entran en una bandeja su almuerzo, que se compone por lo regular de una costilla con patatas, un plato de dulce, agua con vino y una taza de té.

En cuanto está vestida se complace en cambiar el orden y la simetría de los muebles de sus salones; es lo mismo que si todos los días se mudara de casa, y este ejercicio favorito dura mas de una hora.

A eso de las dos se encierra en su gabinete, donde se ocupa un poco de pintura, música y declamacion, y donde recibe sus visitas.

A las cinco se retiran sus amigos, y entonces se mete en la cama, donde la sirven la comida con los candelabros encendidos. La comida se compone de una sopa, en la que entran algunos granos de cebada, un asado de pollo ó de ternera, un plato de verdura y dulce de postres.

A las nueve se levanta y pasa á su tocador, donde se viste para ir á visitas y reuniones. Antes de salir toma un vaso de agua con azúcar.

Al volver de la sociedad donde ha permanecido hasta eso de las dos, toma otro vaso de agua con azúcar ó jarabe, que es quizá el vigésimo del día.

En suma, se puede afirmar que la baronesa de X... no distingue dos veces en todo el invierno los rayos del sol. La luz no penetra en sus aposentos sino á través de cristales cuajados, transparentes oscuros ó espesos cortinajes. Lo que es á su dormitorio no llega jamás: la baronesa se levanta, almuerza y come al resplandor de las bugias: las ventanas de este aposento se hallan cerradas herméticamente y tienen tres pares de cortinas que interceptan la luz.

Tales son los rasgos principales del retrato de la baronesa

de X..., que su autor M. E. Chapus ha copiado del natural; por nuestra parte, repetiremos lo que hemos dicho ya, que en Paris nada nos sorprende.

En la última semana se ha puesto en escena en el Teatro Lírico una ópera cómica en tres actos del compositor M. Reyer, que ha obtenido un éxito brillante. Se titula la *Estatua*, y los autores del libreto, MM. Barbier y Carré, han imaginado una fábula bastante ingeniosa. El todo está en demostrar á un habitante de Damasco llamado Selim, que el amor es el único soberano del mundo, y que él hace mal en preferir al amor el poder y la riqueza.

¿Quién se encargará de infundirle esta máxima?

Un genio tutelar que sigue todos los pasos del joven ambicioso, y que apareciendo á su protegido disfrazado de dervis, le hace las siguientes proposiciones:

— Tendrás tesoros y goces sin fin bajo la condicion de que después de haberte casado á ojos cerrados con una mujer que te será designada por la voluntad á que juras obediencia, entregues á tu mujer á un genio desconocido, en cambio de todas las maravillas que ambicionas.

Selim presta el juramento y acude á una cita que le da en medio de un desierto su genio protector.

En este lugar desolado hay un oasis donde nuestro viajero llega estenuado de hambre y de sed, escoltado de su criado Moulh.

Quién sabe si habria muerto antes de llegar á este refugio sin una joven tan bella como caritativa que le da de beber en su cántaro lleno de agua.

Esta joven ha perdido á sus padres, y se dirige con una caravana á la Meca donde vive su tío.

Selim, tan indiferente hasta entonces, siente palpar su corazón por aquella criatura hechicera que acaba de salvarle.

Pero su pensamiento está lejos de allí; sueña en los esplendores que el dervis le ha prometido y que va á tocar inmediatamente.

En efecto, á una señal del mágico se abren las puertas de una especie de mausoleo donde resuenan voces del otro mundo, y Selim emprende la visita de la caverna maravillosa, de la que sale en breve extasiado y deslumbrado.

Nada puede compararse con lo que ha visto.

Entre otras cosas habia allí doce estatuas de oro, de diamantes, esmeraldas y rubies, y á su lado se veia otro pedestal vacío que esperaba una estatua ausente.

— Esa será la tuya, dijo el genio, y la tendrás cuando me hayas traído á tu mujer, advirtiéndote que ni las doce juntas valdrán tanto como ella.

La afectuosa entrevista de la joven del cántaro con el sediento Selim habia sido observada por Angiad, que lo ve todo.

Este le dice que la felicidad habita bajo el velo de la bella y virtuosa Margyana, y que obraria mas cuerda mente renunciando á sus ilusiones y casándose de veras, que en ir al altar llevado por el genio; pero Selim que sale de la gruta encantada, se obstina en su propósito, y se encamina á la Meca, donde debe pedir en matrimonio á la sobrina de Haloun-Barrouch, que ha sido la mujer elegida por el genio.

La sobrina de Haloun-Barrouch no es otra que Margyana; de manera que Selim apenas casado se encuentra enamorado locamente de la mujer que ha prometido entregar en cambio de las riquezas que codicia.

En el momento de concluir tan horrible trato, le faltan las fuerzas.

Selim prefiere arrostrar todas las venganzas infernales y celestes antes que separarse de su esposa; pero el dervis sumerge en un profundo sueño á Selim, y entre tanto se lleva á Margyana.

Viéndose solo al despertar, el enamorado esposo quiere ir á buscar á su amada hasta lo mas recóndito de las estancias infernales donde ha penetrado ya una vez, y se arma de una hacha para hacer pedazos la estatua fatal que hoy detesta tanto como la ambicionaba antes; pero el arma se cae de sus manos cuando reconoce sobre el pedestal á su Margyana en carne y hueso que le espera.

Selim se encuentra pues dichoso, curado y casado á su gusto.

M. Reyer que es aficionado á lo fantástico en composicion, ha escrito sobre este argumento original una partitura de un trabajo delicadísimo, donde además de piezas de primer orden, hay frases y modulaciones, es decir, detalles tan caprichosos, tan nuevos y tan inesperados, que para hacer un análisis detenido de tanto primor musical, se necesitaria un profundo estudio de la ópera y un largo espacio. Por esto nos limitaremos á elogiar el conjunto, y á consignar aquí que hace mucho tiempo no se ha visto el Teatro Lírico con una perspectiva tan agradable como la que le ofrece esta ópera. Las decoraciones son espléndidas, y en cuanto á la ejecucion debemos mencionar á Monjauze en el papel de Selim, y á la Barreti en el de Margyana.

MARIANO URRABIETA.

La locura de amor.

I.

Ines, por su desventura,
Nació tan fea y tan rara,
Que su cara en vez de cara
Era una caricatura.

Causó al nacer tal disgusto,
Tal espanto y confusion,
Que al mirarla el comadron
Dicen que murió del susto.

Sufria cuando inocente
De su desgracia el rigor;
Pero en la edad del amor
Entró su pena en creciente.

Vió á sus hermosas vecinas
Perseguidas con agobios
De mil seductores novios
Que rondaban las esquinas.
Y mientras en tal asedio
Hallábanse las demás,
Ella no tuvo jamás
Un novio para un remedio.
En vano todas las tardes
Fué á los paseos de caza;
Huían al ver su traza
Los hombres menos cobardes.
Dicen, y no lo refuto,
Que nunca osó el mas valiente
Contemplarla frente á frente
Por espacio de un minuto.
Era bizca y era chata,
Con una boca de jarro,
Mas chupada que un cigarro
Y mas sucia que una rata.
Si por milagro especial
Hubiérala Goya visto,
Habria exclamado listo:
¡Ese es mi feo ideal!
Así no vió cuando jóven
Del amor los prolegómenos,
Porque con tales fenómenos
¿Qué pollos hay que se emboben?

II.

Cincuenta años cumplió Ines,
Y por su desgracia fiera
Si al principio fué soltera
Solterona fué despues.
Dice un refran español
Que nunca un mal viene solo,
Adagio en el cual no hay dolo
Porque es fijo como el sol (1).
Y para que nada sobre
A Ines en su desventura,
Padeció por su figura
Y padeció por ser pobre.
Siendo honrada costurera,
Por ganar poco tal vez
Tuvo al cabo en su vejez
Que meterse á tabernera.
Y sufría su destino
Sin regañar entre dientes,
Sirviendo á los concurrentes
Copas y vasos de vino.
Y para gloria de Ines,
Se cuenta por muy seguro
Que su vino era el mas puro
Del barrio del Avapiés.
Ello es que á su «tabernáculo»
Acudieron mil devotos,
Gastadores, manirosos,
Que fueron su sustentáculo.
Y donde menos pensaba
Encontró un pozo argentino,
Y ¡lo que es mas peregrino!
El novio que tanto ansiaba.
Que la mudable fortuna
Hunde al hombre de un revés
Para elevarlo despues
A los cuernos de la luna.

III.

Un dia de una semana
De cierto mes que no miento,
A las seis de la mañana
La vieja Ines muy ufana
Abrió su establecimiento.
Y al abrirlo, de rondon
Entrósele por la puerta
Un alegre moceton,
Que desde el pelo al talon
Llevaba la gracia injerta.
Con estupor y zozobra
Miróle Ines de hito en hito
Diciendo al ver su palmito:
«La gracia que á tí te sobra
Es la que yo necesito.»
Y por su parte el buen mozo
Al ver tendera tan rara
Dijo: «Mi gozo en un pozo;
Si el vino es como tu cara
Vinagre puro me gozo.»
Y luego añadió con brio:

«Echeme usted una copa
Que está mi estómago frio,
Y cada trago que envío
Parece que me lo arropa.»
La tabernera encantada
De su porte y gallardía,
Le dió una copa colmada
Del mejor vino que habia
En su bodega afamada.
Tomóla el mozo contento,
Bebió y la soltó al momento
Gritando con avidez:
«¡Llénela usted otra vez,
Que este vino es un portento.»
Llenó la segunda Ines
Mirándole placentera,
El la despachó, y despues
Volvió á decir: «Tabernera,
Eche usted otra y van tres.»
Y echó cuatro y echó cinco,
Y subió á quince de un brinco,
Tanto que Ines sorprendida,
Afirmaba que en su vida
Vió beber con mas ahinco.
Alegróse el bebedor,
Dejó de tenerse recto,
Y sintió en el pecho ardor
En prueba de que el licor
Comenzaba á hacer efecto.
Ines con rostro risueño
Contemplaba al parroquiano,
Que iba del vino argandeño
Apurando con empeño
Cuanto cogia á la mano.
Poniéndosele iban rojos
De su cara los colores,
Lanzaban fuego sus ojos,
Miró de Ines los despojos
Y la empezó á decir flores.
«Tan ciego y tan ocupado
Me tiene el pícaro vino,
Que no observé que á mi lado
Está el cuerpo mas divino
Que Madrid se ha regalado.»
» Tus ojos dos soles son
Que prestan al ciebo luz,
Tu boquita es de acitron,
Y tu nariz un anzuelo
Que prende mi corazón.
» Hace un año que he venido
A Madrid desde Segovia
Buscando una guapa novia,
Y ofrezco ser tu marido
Si á tí mi amor no te agobia.»
«¡Qué me ha de agobiar, hermoso,
(Ines gritó con locura)
Si no duermo ni reposo
Por encontrar un esposo!
Vamos á casa del cura.»
Con tal respuesta el galan
Perdió mas y mas el seso,
Y en su delirio y su afan
Con ansias de un gavilan
Dió á aquella paloma un beso.
Al sentirlo, estremecida
Ines en tierra cayó,
Volvióse á alzar conmovida,
Y una carcajada dió
Espantosa, indefinida.
Y descompuesta y saltando
De locura en un acceso,
Dejó de su tienda el mando,
Y huyó á la calle gritando:
«¡Perico me ha dado un beso!»
Y no cerraba su pico
Ni su placer reprimia:
«Me ha dado un beso Perico,
Pero ¡qué rico! ¡qué rico!»
Gritaba con alegría.
A observar su desafuero
Llegó un polizonte vándalo
Que la dijo en tono fiero:
«Te llevaré al Saladero
Si sigues con tal escándalo.»
Calló Ines, mas su manía
No se concluyó por eso,
Y á cualquiera que veía
En voz baja le decia:
«¡Perico me ha dado un beso!»
Y hoy está la pobre Ines
Encerrada en Leganés
De locos en una pieza;
¡Que un gozo, si inmenso es,
Mata como una tristeza!

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Oda á la brevedad de la vida.

Punctum est quod vivimus.
SÉN. — Epist.

¡Oh tiempo! tú que con gigante planta
Huellas los reinos, los imperios postras;
Tú que con firme y poderosa mano
Haces girar el incesante mundo,
Deten tu segur fiera,
Deten un punto tu veloz carrera.

No del luciente sol á la luz clara
Muestrés el tierno infante; no en el lecho
Que ornó el amor con sus preciosos dones,
Mire entre galas, y entre olan y oro
El vástago querido
Del amor paternal apetecido.

Cual encendida rosa entre las flores
Sus delicadas hojas ostentando,
Convida, incita á la liviana ninfa,
Que con incauta mano el tronco asiendo
Siente la espina aguda
Y en ¡ay! doliente su contento muda.

Así será cuando el brillante rayo
De la fecundidad el Himeneo
Muestre con su esplendor; cuando descorra
El bellissimo velo en que natura
Con graciosa sonrisa
Envuelve el caro don que patentiza.

Solo en el corazón ciprés añoso,
Letal desmayo y mísera dolencia
Reinará, y á la tumba silenciosa
Vueltos mis tristes ojos, yertos huesos
Contemplaré aterido
En pena amarga y en dolor sumido.

Con apagada voz dirán mis labios:
¿Qué es la reproduccion? la negra imágen
De un término fatal; el triste anuncio
De un rápido existir: con sus halagos
Nos muestra y su presencia
Un sepulcro, un juicio, una sentencia.

El fallo aterrador que cabe el lecho
Nos fulmina al nacer, que en vano arguye
Con espíritu altivo y frente erguida
La humana presuncion; cuando impaciente
Sus principios inciertos,
Del velo de la muerte halla cubiertos.

Sobre la haz de la anchurosa tierra
Todo dura un instante, y en la nada
Húndense las ciudades populosas;
El hombre pasa en rápida carrera
De la cuna florida
A la profunda huesa y denegrada.

Y aun de los astros, del rutilante sol,
De las estrellas el brillo acabará:
Su órbita en tanto el proceloso mundo
Dejará fluctuante, y revolviendo
Sus rocas, trastornadas,
Serán entre las ondas sepultadas.

Y entonces ¡oh Señor! desde las nubes
Con voz de trueno llamarás al hombre:
Sus restos unirás; ante tu trono
Entre eternal y angélica ventura
El justo será alzado,
Y al abismo el impuro derrumbado.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

El y yo.

Pude un tiempo esperar que tú me amaras;
Mas mi dulce esperanza ya acabó;
Que, vivo aun mas que en los pasados dias
Arde en tu pecho tu primer amor.

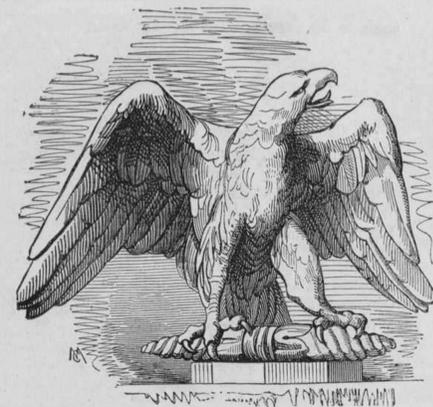
Siempre la imágen del ausente amigo
Vive interpuesta entre nosotros dos:
Su hermosa faz mi oscura faz eclipsa,
Su voz contrasta con mi ronca voz.

Ingenio, orgullo, gracias, hermosura...
¡Ah! todo tiene, nada tengo yo.
Solo una cosa tengo que él no tiene: —
¡Mi enemigo mortal, mi corazón!

Mi corazón, que me dictó te amara;
Mi corazón que para tí nació;
Mi corazón, que al verte se estremece,
Cual se estremece el ángel ante Dios.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

(1) Estos dos versos últimos son un ripio, diga lo que quiera su autor. — (N. del A.)



AGUILA FRANCESA.

via abierta entre Estrasburgo y Kehl. Este trayecto no se hace directamente, pues al salir de Estrasburgo la locomotora parece dirigirse hacia un punto opuesto á la Alemania.

La gran curva descrita forma una especie de medio cerco á la ciudad, y solo hácia Koenigshoffen, en el sitio en que se deja el camino de Basilea, se ve que la marcha es en direccion del Rhin. Desde este punto se atraviesan sucesivamente: el Muhlbach, el Ill, el canal del Ródano al Rhin, el Rhin torcido, el Ziegelwasser, el pequeño Rhin y luego el camino imperial de Alemania cerca del monumento elevado en 1806 á Desaix por el ejército del Rhin. — Este trayecto viene á tener unos once kilómetros.

Los representantes de la compañía francesa son recibidos al apearse de los wagones por S. E. M. Weizel, ministro de Obras públicas, M. Baer, M. de Weiller, comandante militar en Kehl, M. Zimmer, director general de los ferro-carriles badenses, MM. de Kageneck, Se-xauer, Keller, etc.

Después de los saludos y felicitaciones de costumbre, los convidados se acercan al puente y contemplan con una admiracion mezclada de sorpresa esa grande obra, que la Europa central ha vigilado con tanta atencion.

En efecto, nadie puede menos de asombrarse al contemplar ese gigantesco trabajo, y eso que su parte principal no está á la vista, sino que se halla á 20 metros bajo el cauce del Rhin. Pero es preciso contentarse con admirar el hermoso tablero de enrejado, los puentes postizos y su enorme masa.

Bajo el punto de vista del arte, del efecto general, es de sentir que ese magnífico enrejado remate en uno y otro lado en una construccion pesada, fea y contraria á la armonia. Los puentes postizos no tienen una razon de ser; son un capricho costoso impuesto á dos naciones por una diplomacia desconfiada y recelosa. Por mas que los periodistas se obstinen en calificar este puente de gigantesco rasgo de union, de lazo sólido entre las dos naciones, etc., no es menos cierto que dos hombres mediante una maniobra muy ingeniosa pueden hacer girar esas grandes máquinas y destruir así la envidiable armonia internacional. Hemos asistido á pruebas muy concluyentes operadas en la orilla alemana, en presencia de los



EL RHIN.

convidados á la ceremonia. Sin embargo, la parte fija del puente hace el mayor honor á la industria badense, representada por M. Benckiser, hoy doblemente recompensado por su soberano y por el emperador de los franceses. Las columnillas y el pórtico están bien comprendidos en su conjunto y forman con las estatuas una decoracion gótica muy original. — Las estatuas son hermosas. En cada pórtico está el Rhin, y haciendo pareja estan el Ill por el lado francés, y el Kinsig por el lado alemán.

Después de haber pasado una hora visitando estas maravillas que han exigido treinta meses de trabajo á dos pueblos, nos volvimos á Estrasburgo. El programa decia que las dos horas que nos faltaban para la comida se consagrarían á ver los monumentos públicos. Diré dos palabras sobre el banquete, que fué el gran suceso de este primer dia.

La mesa estaba puesta en el vasto comedor de la hermosa fonda llamada la Villa de

Paris. — M. Perdonnet, como representante de la compañía francesa, hacia los honores á S. E. el ministro badense Weizel. Por consiguiente, M. Perdonnet fué el primero que tomó la palabra en nombre de la compañía, y tambien en nombre de la Francia. Recordó el trabajo largo y penoso de la grande obra franco-alemana, y terminó atacando con gracia la delicada cuestion de los puentes postizos: «Señores, exclamó, estos puentes han sido colocados para impedir el paso en caso de guerra; pero decid hoy conmigo que tenéis fe en el porvenir, y que os prometéis que han sido puestos en movimiento esta mañana por la primera y última vez...»

La respuesta de S. E. el ministro fué una réplica muy sagaz al discurso de M. Perdonnet, una especie de paráfrasis en el sentido mas cordial y patriótico, que terminó por un brindis al emperador Napoleon III.

Al siguiente dia la compañía badense daba á la compañía francesa una gran fiesta en Baden. L. L.

Washington.

Washington, capital de los Estados Unidos de la América del Norte, y cabeza del distrito de Colombia, fué



GRIFO (armas badenses).

fundada en 1792 en honor del general Washington.

Residencia del gobierno de la Union y del presidente desde 1800, Washington es una ciudad grande y hermosa, bien edificada, pero desprovista de monumentos; no cuenta mas de 30,000 habitantes, y es una prueba evidente de que una gran ciudad no se crea cuando se quiere, aun en un pais donde bastan algunos años para hacer de una aldea una inmensa poblacion.

Habian preparado para la capital de los Estados Unidos una extension vastisima; destruyeron los árboles muy á lo lejos á la redonda, trazaron calles de una longitud sin fin, en una palabra, marcaron sitio para una ciudad de 200,000 almas; pero la vida no llegó: — casas sin calles y calles sin casas, hé ahí el aspecto que presenta Washington.

El Capitolio, donde se encuentran la cámara de representantes y el senado, es un monumento notable. Está edificado con una tierra blanquecina que imita el mármol; colocado en una altura, domina el Potomak y la vasta llanura que rodea la ciudad; posee algunas esculturas, entre otras una estatua de Washington, debida al cincel de M. Greenough.



EL ILL.

Inauguracion del puente del Rhin.

Hoy es difícil interesar al público en la inauguracion de un camino de hierro. Desde que las grandes vias que surcan la Europa tienen sus empalmes, las líneas complementarias apenas llaman la atencion, sino es por las obras de arte y las cuestiones interna-cionales.

Bajo este doble concepto, ninguna inauguracion ha tenido la importancia de la fiesta que acaba de celebrarse en Estrasburgo y en Baden, en Francia primeramente, y al siguiente dia en Alemania.

El sábado 6 de abril por la mañana un convoy de veinte wagones adornados con las banderas francesas y badenses recibia en el embarcadero de Estrasburgo á las muchas personas convidadas por las dos administraciones obreras en comun de la admirable via de Estrasburgo á Kehl. En la asistencia estaban representados el gobierno, las administraciones, el ejército y la prensa.

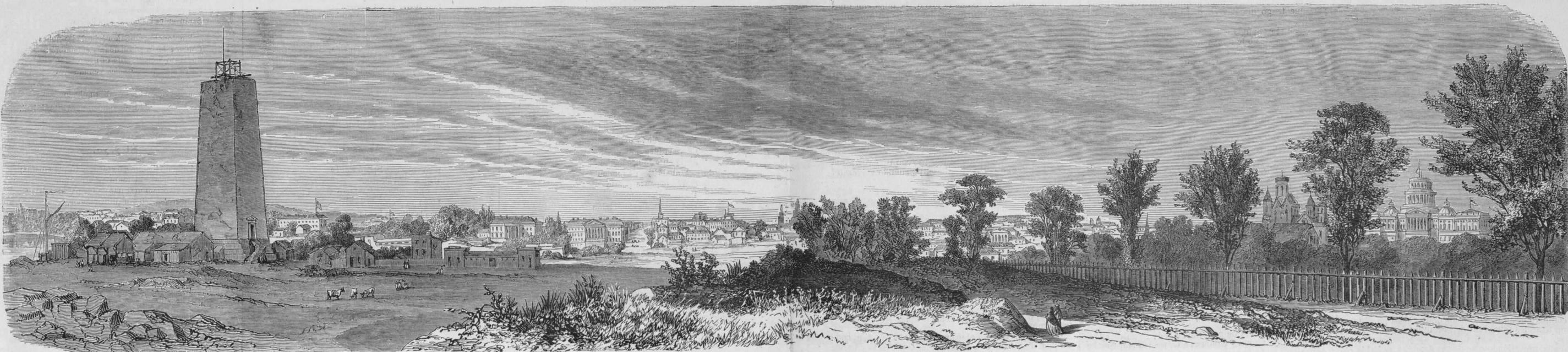
A las nueve en punto el convoy de honor se ponía en marcha bajo la direccion de los jefes de traccion y de explotacion, y nos dirigiamos hácia el Rhin por la nueva



EL KINZIG.



INAUGURACION DEL PUENTE DEL RHIN, EL 7 DE ABRIL DE 1861.



VISTA GENERAL DE WASHINGTON.

La cúpula central del Capitolio no tiene la elevación suficiente; pero el salón interior donde se celebran las sesiones es muy hermoso en su conjunto y sus detalles.

Se ven en Washington otros monumentos, como las casas del presidente y de los ministros, contruidos de ladrillos que no tienen nada de particular.

Una parte de la población de Washington es negra, pues la esclavitud existe en el distrito de Colombia, hallándose así a la puerta del palacio de la libertad.

P. P.

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

XII.

Largo rato después de media noche, estábamos sentados John y yo delante de la chimenea del gabinete de estudio.

En el curso de nuestra vida habíamos pasado John y yo algunas veladas largas y ansiosas, pero ninguna tan amarga como aquella. Era la primera vez que nuestra casa estaba dividida contra sí misma, y la causa de esa división estaba en su propio seno. En adelante las alegrías y las penas no debían ya encontrarnos reunidos como a los miembros de una misma familia.

También comprendíamos, aunque bien tarde, la fatal influencia que aquel suceso debía ejercer en el porvenir de Guy. Su padre lo conocía más íntimamente que su madre; sin embargo, cuando esta vino al rayar el alba a decirnos que había dejado a Guy muy sosegado y que dormía con un sueño apacible, John halló en sí bastante fuerza para regocijarse con ella y esperar mejores días.

— Pero ¿qué será de Guy? preguntó la madre.

— ¡Sábelo Dios, respondió John con un tono que indicaba que daba á esas palabras más significación de la que tienen ordinariamente.

Su mujer le comprendió.

— Sí, tienes razón, ¡Dios lo sabe!

Y se retiraron casi consolados.

Yo me desperté bastante tarde. Los rayos del sol inundaban mi cama, y los pajarillos cantaban en el jardín, cuando oí una voz que pronunciaba mi nombre.

Era el hijo primogénito de John que estaba sentado al pie de mi lecho. Sus ojos tenían una expresión fatídica; su boca, ordinariamente tan bella y graciosa, se hallaba contraída como con dolor.

— Muy temprano te has levantado, mi querido Guy.

— ¿Para qué me he de levantar más tarde? No estoy enfermo. Además, no quiero cambiar en nada mis costumbres. No quiero que se imaginen que... que me importa la más mínima cosa.

Y se calló; se veía que se violentaba para parecer sereno; era una prueba nueva para él.

— Demasiado me arrebaté ayer noche; no tenía tal intención; ahora quiero portarme como un hombre... No soy el primero á quien una mujer ha desdenado.

Y se puso á silbar con aire de desafío; pero poco á poco sus labios cesaron de desobedecerle, y su frente se cubrió de nubes; entonces se abandonó á toda la violencia de su dolor.

Lo más triste en todo esto es que había sido engañado, sin duda involuntariamente; pero en fin, el caso es que había sido engañado. Las cosas que me dijo acerca de los procedimientos y las atenciones que miss Silver había tenido con él, tenían todos los visos de cosas de amor.

— ¡Oh! sí, me amaba, me lo dijo... naturalmente, yo era hermano de Edwin.

Este era el dardo emponzoñado que era imposible arrancar del corazón del joven. No solamente había perdido el amor, sino lo que es más precioso aun que el amor, su estimación por las mujeres.

Habló friamente de su pérdida considerándola bajo el punto de vista más frívolo. Se sentó á los pies de la cama y cantó con aire burlon unas canciones que yo aborrecía, unas canciones alegres sobre el vino y las hermosas, compuestas por un irlandés, Tomás Moore.

Luego riéndose de mi seriedad se fué á la ventana, la abrió y se asomó al jardín.

Los amantes por lo general son egoístas; pero por parte de Edwin y de Lucía era una crueldad pasearse, como lo hacían en aquel momento, por delante de las ventanas del cuarto de Guy y á su propia vista.

Este luchó un instante contra la cólera que le devoraba.

— Phineas, exclamó, venid aquí; ¡qué bonito! ¡Ja, ja, ja! ¿Habeis visto nunca locos semejantes?

Estaban locos quizá; pero ¡cuán felices parecían!

— Que tenga cuidado, continuó cambiando de tono; decidse, Phineas... será lo más prudente... Que tenga cuidado ó no sé lo que haré... Yo le quería á Edwin, sí, le quería... pero ahora, creo que le aborrezco.

— ¡Guy!

— ¡Ah! Si hubiese sido un extraño... si no hubiese sido hermano mio... gritó con una voz desgarradora y entrecortada por los sollozos.

Cuando se hubo calmado algún tanto, insistió por bajar conmigo al almuerzo; decía que deseaba encontrarse con todos los miembros de la familia, hasta con miss Silver.

Edwin, prevaleciéndose ya de sus derechos, se había colocado al lado de Lucía. Parecían muy tristes los dos,

y en justicia debe decirse que lo estaban; pero no por eso eran en el fondo menos dichosos.

Un vago malestar nos aquejaba á todos durante el almuerzo. Concluido este, Guy se puso á pasearse por el aposento; y su madre viendo que su pié se hallaba en tan buena vía de curación, le preguntó si no le gustaría ir á la fábrica.

— No, madre mía, respondió el joven.

Miss Silver dijo algo sobre lecciones, pero Edwin no la dejó acabar y la propuso un paseo en coche con Madelina.

Mistress Halifax se apresuró á dar su consentimiento.

— Hace algún tiempo que lady Oldtower os quiere ver; ¿no os agrada ir á pasar con ella un día ó dos? exclamó dirigiéndose á la institutriz.

Guy, que había oído estas últimas palabras, se acercó. — ¿Os vais? ¿Y cuándo? preguntó á miss Silver mirándola de frente con ojos chispeantes.

La institutriz respondió con voz apenas inteligible, y dió á entender que deseaba marchar inmediatamente.

— Ireis en coche; ¿tendré el honor de guiar los caballos?

— No, respondió Edwin con un tono resuelto.

Los dos hermanos cambiaron entre sí una mirada amenazadora, una mirada que hacia temblar para el porvenir. La madre se estremeció; miss Silver, pálida y asustada, salió del aposento y Edwin la siguió. Entonces Guy, tomando bruscamente á su hermana, la hizo sentar por fuerza sobre sus rodillas y la dijo:

— Ven, Madelina, tú serás mi niña mimada; nadie aquí se cuida de tí; dame un beso, hermanita mía.

Pero la niña retrocedió con presteza.

— ¡Ah! ¿Con que tú también me aborreces? Edwin te ha dado buenas lecciones. Véte de aquí, mentirosilla. Y la rechazó de un modo violento.

Madelina echó á llorar.

Su padre alzó los ojos del libro que tenía abierto en la mano sin haber leído una sola línea, pues había juzgado conveniente aparentar que no fijaba su atención en lo que pasaba en torno suyo.

— Ven conmigo, hija mía. Guy, no trates así á tu hermana; es menester que te domines un poco, querido mio.

Estas palabras, aunque pronunciadas con mucha dulzura y en voz muy baja, hirieron profundamente al joven, que respondió:

— Me insultais, y no lo soportaré; me marchó.

Y salió cerrando la puerta con estrépito. Su madre se levantó para seguirle, pero se volvió á sentar al punto y miró á su marido con aire suplicante.

En cuanto á John, no dijo nada: era la primera vez que le faltaba al respeto uno de sus hijos. Fácilmente se veía que las palabras de Guy le habían llegado al alma, y que excitaban en él una justa cólera; pero esta cólera duró muy poco, tan poco que cuando los demás hijos aterrados esperaban ver á su padre demostrar su resentimiento, este había pasado. No obstante, la calma de John tenía un carácter tan sombrío, que los niños recelosos é inquietos se apresuraron á salir del cuarto.

Ursula, alarmada, miraba fijamente á su esposo, como si por primera vez en su vida no le hubiese comprendido.

— ¡John! perdona al pobre Guy; no tenía intención de ofenderte.

— No... no...

— ¡Es tan desgraciado! Jamás hasta este instante te había faltado al respeto.

— ¿Y si fuera yo quien hubiese faltado al deber con respecto á mi hijo? Con frecuencia me has dicho que yo no sabía comprender á Guy... ¿Y si fuera yo quien hubiese descuidado hacer todo lo que debía por mi hijo? ¡Yo, que tengo que dar cuenta á Dios de cada uno de ellos!...

— ¡John! exclamó Ursula arrodillándose y rodeándole con sus brazos, no te atormentes así; nunca he tenido ánimo de criticarte... podemos habernos engañado los dos, pero nada debemos temer; nuestra intención jamás ha sido mala.

Con tales palabras Ursula consiguió calmar poco á poco á su marido. Después hablamos sobre el mejor partido que podíamos tomar para ocupar y distraer el espíritu de Guy. Yo propuse que abandonara la casa paterna durante algún tiempo; pero su madre se opuso á ello con firmeza.

— No, no, todo lo que querais, pero eso no. Además, tampoco él lo haría, nunca nos ha dejado; su marcha rompería los lazos de la familia.

— ¡Ay! No veía, no quería ver que ya estaban bien rotos esos lazos.

Otra cosa nos faltaba considerar bajo el punto de vista del interés común; importaba esencialmente ocultar nuestra herida á los ojos de una sociedad indiscreta y maldiciente.

Lady Oldtower y sus hijas llegaron entonces con mucha oportunidad. Mrs. Halifax les comunicó, con una dignidad que excluía todo comentario, el compromiso de su hijo Edwin con miss Silver, y aceptó para esta y para Madelina el convite que lady Oldtower se apresuró á renovar.

Observé que al hablar de la joven, que de simple institutriz había venido á ser repentinamente uno de los miembros de la familia, Mrs. Halifax la llamaba siempre miss Silver, nunca Lucía, y mucho menos la designaba con su apellido.

Antes de la salida de miss Silver, Edwin entró en el cuarto y dijo algunas palabras á su madre con mucha agitación; evidentemente la confidencia era penosa para entrambos.

— No sé nada, Edwin; no tenía intención de ofenderla. ¿Te ha hecho ya juez y censor de las acciones de tu madre?

Edwin era un joven excelente, aunque quizá no tan tierno como sus hermanos. Su dominio sobre sí mismo y su mucha paciencia conjuraron la tempestad que se anunciaba.

— Pero seréis buena para ella, ¿no es verdad, madre mía?

— ¿No te lo he dicho ya?

— ¿Puedo traerla aquí?

— Haz lo que quieras.

Hasta aquel momento Mrs. Halifax y miss Silver se habían visto ante toda la familia reunida, y nada en sus maneras ni en su conducta habría podido hacer suponer que estuviesen cambiadas sus relaciones; pero ahora se trataba para Mrs. Halifax de recibir á su futura nuera con esa benevolencia natural que una mujer debe á otra en tal ocasión, con ese afecto que una madre debe experimentar por aquella que su hijo se ha elegido; y aquí es donde la falta de simpatía se daba á conocer muy tristemente.

Ursula se quedó en pié delante de la ventana, tratando aunque en vano de serenarse.

— ¡Si pudiese quererla!... ¡Si hubiese sabido hacerse querer!... se decía en voz baja.

Edwin entró al fin con su futura y la llevó con orgullo al lado de su madre.

Hay naturalezas que se enternecen con la felicidad; Lucía miró á Mrs. Halifax con los ojos bañados en lágrimas.

— ¡Oh! Sed buena para mí, exclamó; nadie en el mundo me había demostrado ningún afecto antes de haber llegado á esta casa.

El buen corazón de Ursula triunfó de todo, y así fué que abrió sus brazos á miss Silver.

— Sed fiel á mi hijo, amadle y os amaré... estoy segura de que os tendré cariño.

Y al abrazarla, la pobre madre dejó escapar algunas lágrimas; y luego se sentó conservando una mano de la joven entre las suyas.

— ¿Estais bien abrigada? la preguntó: Edwin, que se lleve mi capa de pieles en el coche. ¿Tiene las manos arrecidas?... Tomad un poco de vino antes de salir, querida mía.

Miss Silver, conmovida hasta el extremo, sollozaba y murmuraba en voz baja la palabra *perdon*.

— No, no; ¿he hablado yo de perdon? No repitais esa palabra; todos seremos dichosos con el tiempo.

— ¿Y... Guy?

— Guy se calmará, respondió la madre con cierto orgullo; no hablemos de él ahora.

En aquel momento Guy, que sin duda había oído el ruido del carruaje que se paró delante de la casa, y que había adivinado que miss Silver iba á salir, apareció en el umbral de la puerta. Su madre tenía aun la mano de la joven entre las suyas, y Edwin, en el colmo de la alegría, había rodeado el talle de Lucía con uno de sus brazos. A la vista de su hermano no le retiró; sin duda como observaba la expresión del rostro de Guy, el amante no quería desprenderse de su bien.

Mistress Halifax alarmada se levantó:

— Se marcha, hijo mio; dale la mano y despidete de ella.

Guy tomó con presteza la mano que la joven le alargaba con aire triste y amistoso, y la mantuvo en la suya.

— Déjala pasar, exclamó Edwin.

— Ciertamente; no tengo la intención de detenerla. Adios; os deseo un buen viaje.

Y sin soltar la mano de la joven, la miró con unos ojos en los que se leía todo el ardor de sus sentimientos.

— Haré valer mis derechos al menos una vez, añadió; ¿me permitís, hermana Lucía?

Y arrojando una mirada de desafío á Edwin, Guy tomó á Lucía por el talle y la dió uno... dos besos con pasión.

Todo esto lo hizo tan pronto y con un pretexto tan plausible en apariencia, que una venganza abierta era imposible.

Edwin se llevó á la joven muy deprimida; pero la mirada que los dos hermanos cambiaron entre sí, probaba que aquel insulto nunca sería olvidado.

Guy se quedó solo con su madre y conmigo; Mrs. Halifax se puso á trabajar, aparentando que no observaba la sombría agitación de su hijo.

— Madre mía, exclamó de repente con una voz sorda é irritada que me hizo estremecer; ¿cuándo volverán?

— ¿Quieres hablar?...?

— Quiero hablar de ellos.

— Dentro de una semana; tu hermano vuelve esta noche naturalmente.

— ¡Mi hermano!... Mas vale no pronunciar ese nombre... ese nombre me exaspera...

Mistress Halifax no dijo nada; sabía que toda reconvencción habría sido inútil... más que inútil.

— Madre mía, dijo Guy acercándose á Mrs. Halifax y apoyándose en su silla; es preciso que yo me marche.

— ¿Y adónde?

— No lo sé... á cualquiera parte, con tal que esté lejos de su vista... ya veis que no puedo soportarla. Me volvería loco, malvado... impío.

— No, Guy; no, hijo de mis entrañas. Ten paciencia, todo pasará en breve.

— Quizá, si tuviera algo que hacer. Madre mía, continuó arrodillándose delante de ella y mirándola tristemente; no esteis tan afligida. No quisiera hacer daño á Edwin... no quisiera arrebatarle su felicidad; pero vivir

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

AGRICULTURA: — Sobre unos métodos fáciles de ejecutar para conocer las falsificaciones del guano: — El guano legítimo presenta el aspecto de tierra húmeda, color de un pardo amarillento, con partículas blancas entremezclado. Muy pocas clases hay que son blancos.

Dependiendo en gran parte el valor del guano de su contenido de sales, amoníaco, sustancias orgánicas azóicas y fosfatos, los que emplean este abono deben tener cuidado, para averiguar de una manera fácil de ejecutar el contenido aproximativo del guano de las indicadas sustancias.

1º Amoniaco: — Se mezcla el guano en una cápsula con cal viva y agua, meneando y calentando la mezcla, en esta operación se debe desprender un fuerte olor á amoniaco. Para comparar diferentes clases, se emplea igual cantidad de cada una, por ejemplo, media onza, distinguiéndose las clases mejores por la mayor fuerza del olor de amoniaco.

2º Agua: — Se exponen en una cápsula que se calienta en el baño-maria, de dos á tres onzas de guano al calor, hasta que se ha secado enteramente. La pérdida que se experimenta es el contenido de agua del guano. El guano legítimo pierde así de 8 á 20 1/6 de su peso; el fraudulentamente mojado de 25 por 100 arriba.

3º Ceniza: — Una cantidad de media onza de guano se calcina en un crisol ó cápsula á propósito, hasta que se haya quemado toda sustancia orgánica. El guano bueno deja así de 28 á 35 por 100 de ceniza, guano malo de 50 á 75 por 100, y guano falsificado mas. La ceniza del guano legítimo, del bueno y del malo es blanca ó ligeramente parda, un color amarillento de ella indica una falsificación con barro ó arcilla ferruginosa. Al principio de la calcinación desprende el guano bueno un olor fuerte á amoniaco y vapores blancos.

4º Sustancias insolubles en agua: — Se infunde media onza de guano en una cápsula con agua, se calienta, se pasa la masa por un filtro de papel sin cola, y se lava en este filtro hasta que las últimas porciones de agua no contengan mas sustancias solubles. Luego se seca el filtro que antes de emplearlo se ha pesado, y se vuelve á pesar. El guano bueno deja así de 40 á 45 por 100 de residuo, guano malo de 60 á 75 por 100, y guano falsificado con sustancias terrosas mas. Si se ha falsificado con sal marina ó con sulfato de sosa, se presentaría en esta prueba el guano falsificado como el bueno, pero daría en el ensayo tercero mucha mayor cantidad de ceniza.

5º Sustancias solubles en ácido: — Se infunde una cantidad de guano con ácido hidroclórico, vulgarmente espíritu de sal. El guano bueno demuestra poca efervescencia; el guano falsificado con cal efervesce mucho, y daría en la prueba tercera mas ceniza.

6º Azoe: — De un modo aproximativo, pero bastante exacto para evaluar el guano, se ensaya su contenido de azoe como sigue:

En una botella cerrada por un tapon, por el cual pasa un tubo de vidrio hasta el fondo, inclinándose fuera del tapon hácia abajo, se disuelven dos ó tres onzas de clorato de cal en agua.

Esta sustancia, que se emplea en varias fábricas para blanquear telas, papel, etc., se halla en el comercio. Se pesan dos ó tres gramos del guano y se envuelven en un papel, que se coloca en la botella, cerrándola en seguida con el tapon, y meneándola para que se mezcle el guano con el líquido. Bajo la parte del tubo que se halla fuera del tapon, se coloca un vaso. El cloruro de cal desprende todo el azoe del guano, haciendo salir igual volumen de líquido de la botella por el tubo. De esta manera se desprenden de un gramo de guano bueno 70 á 80 1/10 centímetros cúbicos de gas, dando el malo ó falsificado menor cantidad, la cual se puede evaluar por la cantidad del líquido que por el tubo se pasó al vaso destinado para recibirlo. — J. GUSTAVO KLEMIN, ingeniero de minas.

— OBSERVACIONES SOBRE EL ABONO DE LAS VIDES Y LA PODA: — La vid es un vegetal de tallo sarmentoso, poroso y de vasos tan anchos y flojos, que favorecen el paso de la savia que penetró por las esponjuelas radicales aunque vaya saturada de principios extraños á su buena constitución, que resisten á descomponerse, produciendo á veces una influencia á la planta ó aun al fruto mismo, que está en relación con su naturaleza química.

Ningun geopónico pone en duda esta verdad, y todos están conformes en que los abonos animales son poco á propósito para estercolar las viñas, y que solo son aceptables al tiempo de plantarlas, porque estimulan á sus fibras produciendo una vegetación frondosa. Los orines, huesos, astas, pezuñas y recortes de despojos son los únicos que pueden emplearse en estas circunstancias despues de haber experimentado por cierto tiempo la influencia de los agentes exteriores.

Cuando la vid llega á dar fruto, que necesita tres años, estos abonos ya se han descompuesto en sus últimos elementos, y el vino no participa del sabor de aquellas sustancias, que de otro modo es muy perceptible.

Estas observaciones fueron indicadas por los antiguos enólogos, y hoy es una verdad demostrada que el vino de viñas muy estercoladas es endeble, turbio, de poca duración, tiene mal sabor, y por muchas precauciones que se tomen deja siempre sedimentos. No obstante, en algunos puntos de Galicia, Castilla, Aragon y Cataluña acostumbra abonar las viñas con esta clase de estiércoles, cuando dan señales evidentes de depauperación vital, aunque creemos que obtendrían mejores resultados, sustituyendo estos abonos con los de origen vegetal, porque á todas luces ofrecen menos inconvenientes.

Pueden utilizarse al efecto las hojas de la misma planta incorporadas á la tierra por medio de una capa de la misma; los sarmientos bien enterrados reunidos en haces; el orujo de la uva, el musgo, brezo y boj, se aplicarán despues de convertidos en mantillo; las habas, algarrobas, altramuces, alfalfa, etc., se sepultarán en verde, procurando siempre sea la época en que no puedan favorecer los helos. En algu-

nas partes estercolan con *fucos olvas* y *confervas*, obteniendo un vino de tan mala calidad, que á la vez conserva el olor de estas plantas, á no ser que estén reducidas á mantillo, en cuyo caso influyen en la cantidad del vino, sin que se perjudique su calidad. En Cataluña usan como abonos para sus viñas, y con la mayor confianza, el tarquin de las balsas, despues de haber perdido su acidez, la basura de las calles y caminos, el hollin de las chimeneas, etc.

— CONSERVACION DE LOS GRANOS: — Hé aquí un método que está produciendo excelentes resultados, si hemos de creer los informes que sobre él se están publicando. Consiste en extraer los granos, alternándolos con capas de cal viva, que se emplea en cantidad de 3 á 6 por 100. Oigamos lo que dice M. Persoz, profesor del Conservatorio de artes y oficios: « 1º Mediante la intervencion de la cal he llegado á conservar trigo en circunstancias de tal manera favorables á su alteracion, que el mismo trigo apenas podia conservarse arriba de un mes en pomos perfectamente tapados; mientras que los granos conservados por la cal no perdieron despues de nueve meses ninguna de sus cualidades y conservaron sus propiedades germinativas. 2º Se mezcló un poco de trigo germinado con cal, y la germinación no tardó en interrumpirse. Pasado despues por un cedazo y aventado este trigo, no manifiesta gusto alguno diferente de los demás. 3º Habiendo tratado por la cal cierta cantidad de trigo en descomposicion, la fermentación se contuvo, y despues de convenientemente aventado, lavado y secado, apenas se diferenciaba este del trigo comun. 4º Es evidente desde hoy que con el empleo de la cal el almacenaje de los granos puede asegurarse, á la condicion que las paredes del silo ó depósito sean impermeables al agua, y que el aire no pueda renovarse en su interior.

De grande interés es este procedimiento cuando los trigos están un poco averiados por la humedad.

— MECANICA: — El doctor Augusto Guiot ha publicado un libro muy notable sobre el mareo que produce el movimiento de los buques.

Una serie de observaciones muy curiosas y de hechos históricos demuestran que el mareo es una enfermedad contra la cual nada puede el esfuerzo de la mas enérgica voluntad, ni el sentimiento del honor y de la virtud: hasta las madres abandonan completamente á sus hijos en los momentos en que el mal se presenta en toda su fuerza. De aquí se sigue la importancia y utilidad inmediata de un descubrimiento que tuviera por objeto evitar este mal.

El insigne matemático, que se ha ocupado de ello, ha encontrado una solución tan ingeniosa, que debemos dar cuenta de ella á nuestros lectores.

Hasta ahora esta cuestion solo habia sido considerada bajo el aspecto médico, y por lo tanto habia sido estudiada como un simple fenómeno patológico. Unos le han atribuido á la influencia pestilencial de los miasmas exhalados por las aguas del mar; otros le han tenido por una neurosis gástrica; estos le han llamado gastro-enteralgia náutica: aquellos cardalgia aguda. Y segun estas diversas opiniones se han aplicado diversos remedios, todos ineficaces.

M. Guiot, sin pretender reducir la cuestion á un simple problema de dinámica, cree que las teorías médicas serian menos divergentes si la causa primera del mal estuviese mejor determinada en cuanto á sus efectos inmediatos, si fuese posible descubrir y señalar con precision las reacciones mecánicas que se verifican en los órganos bajo la influencia de los movimientos del buque.

Aplicando pues á esta cuestion con todo rigor los principios de la mecánica, se llega á esta sorprendente conclusion: *Similibus curantur*: los movimientos causan el mal, los mismos movimientos deben curarle. Para evitar los efectos de la oscilación del buque, es preciso que se verifique una transformación en estos movimientos; es decir, una sucesión rápida de movimientos como los que produciria una superficie elástica.

El autor conoce que habrá alguna dificultad en construir el aparato á propósito para producir estos movimientos; pero esta construcción es un problema de mecánica industrial que puede resolverse.

— INUNDACIONES: — Como complemento de los muchos y profundos trabajos que en Francia se han hecho sobre las inundaciones, el mariscal Vaillant ha presentado á la Academia de ciencias una Memoria titulada: *Estudios experimentales sobre las inundaciones*, en la cual se expone la teoría de este azote de los pueblos.

Los estragos ocasionados por una masa de agua varían: 1º con la cantidad de agua absorbida por el suelo y por la evaporación; 2º con el tiempo que dura la inundación; ó de otro modo, la acción inundante depende de la absorción del líquido y de la inundación superficial. La relación entre el volumen de agua que cubre el terreno y la que ha llovido, se llama ordinariamente *coeficiente* del agua superficial. Prolongándose el tiempo de la inundación, la influencia del suelo disminuye el peligro. La elevación sensible del nivel de la vena inundante tarda algun tiempo en verificarse, aumenta despues de una manera rápida y llega á un maximum, quedando por algun tiempo estacionario: decrece despues mas ó menos rápidamente, y se detiene del todo generalmente á una altura un poco mayor de la que tenia antes de la lluvia. El tiempo trascurrido entre el momento en que sube y el que termina de bajar, es precisamente el periodo mas temible de la inundación. El peligro disminuye pará una misma masa de agua en razon inversa de la duración de este periodo.

De todo esto se deduce que llamando V el volumen del agua caída, V' el del agua inundante, T el tiempo de la lluvia, T' el tiempo de la inundación, y C la acción inundante, se tendrá $C = \frac{V}{V' + T}$, es decir, que la acción inundante es igual al coeficiente del agua superficial multiplicado por la razón que existe entre el tiempo de la lluvia y el de la inundación.

Estas conclusiones han sido comprobadas por la observación.

— INDUSTRIA: — El hábil constructor Daniel Siebe ha construido en Inglaterra bajo la dirección de M. Harrison un aparato para hacer hielo. La impulsión de una máquina de vapor con la fuerza de 10 caballos produce en 24 horas 4,000 toneladas de hielo. El precio, comprendiendo todos los gastos, es de 1,25 fr. cada 100 kilogramos; es decir, la mitad del precio que en Inglaterra tiene el hielo natural.

— DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE: — Segun afirma un periódico extranjero, se ha descubierto en América un nuevo artículo de comercio que parece destinado á llamar la atención del mundo mercantil. Hace uno ó dos años que algunos trabajadores observaron que en unas charcas que abundan mucho en el límite occidental del estado de New-York, flotaba una gran cantidad de materia oleaginosa de color oscuro.

Se hicieron algunos experimentos, y se descubrió que este era un aceite que ardía muy bien, y que abriendo pozos de 70 á 500 pies de profundidad, se obtienen cantidades ilimitadas, puesto que de lo reconocido hasta ahora resulta que se puede hacer esta explotación en una superficie de cien millas cuadradas.

El líquido se extrae con bombas, y contiene dos partes de agua y una de aceite, que se separan con la mayor facilidad, dejando además un residuo con el cual se fabrican excelentes velas.

Ya se están extrayendo de 1,200 á 1,500 barriles de aceite diariamente, y este producto se vende á buen precio, y en cantidad ilimitada, en Nueva York.

Vistas de Roma.

El edificio colocado mas en evidencia en el primero de nuestros dibujos, ha sido objeto en muchas ocasiones de los estudios de los anticuarios, los cuales, despues de haberle considerado sucesivamente como hipódromo y como mausoleo de Constantino, no ven en él actualmente mas que el recinto de un cementerio que cuando mas es del siglo VII.

Casi nula bajo el punto de vista del arte y de la historia, esta ruina ofrece sin embargo, á causa de su degradación, un aspecto muy pintoresco. Se encuentra situada á una milla de Roma, mas allá de la *Porta Pia*, no lejos de las iglesias de Santa Ines y de Santa Constanza, una de ellas á su izquierda y la otra á su derecha en nuestro dibujo.

La iglesia de Santa Ines la llaman *extramuros* para distinguirla de otra iglesia del mismo nombre que está en la plaza Navona, en el corazón de la ciudad eterna. Esta consagra el lugar donde la santa fué expuesta á los últimos ultrajes. Cuando hubo sufrido el martirio, el cuerpo de la joven patricia fué depositado por sus parientes en una sepultura de familia que poseían fuera de la ciudad, en el mismo lugar donde Constantino hizo levantar mas tarde en su honor la iglesia que desde hace quince siglos lleva el nombre de Santa Ines. Constanza, hija de Constantino, se habia hecho ya enterrar no lejos de la joven mártir, objeto para ella de una devoción particular, cuando Elena, mujer de Juliano, y Constantina, mujer de Gallus, queriendo reposar en el mismo sitio, fueron llevadas despues de su muerte, la una de Vienne en las Galias, y la otra del fondo de la Bithinia. Santa Constanza habia fundado y agregado á la basílica de Santa Ines el primer monasterio de mujeres que ha tenido una existencia fija.

A principios del siglo VII, Honorio I restauró la iglesia fundada por Constantino, mandando adornar el coro con pinturas en mosaico. El edificio tiene tres naves con dos hileras sobrepuestas de columnas antiguas todas de mármoles raros. Bajo el altar, cuyo baldaquino descansa en cuatro columnas de pórfido, está colocado á la vista el cuerpo de la santa adornado de preciosas alhajas; la estatua de alabastro oriental, con la cabeza, los pies y las manos de bronce dorado, es de un aspecto extraño.

Tambien hay en Santa Ines una hermosa cabeza de Jesus, de Miguel Angel, y un soberbio candelabro antiguo.

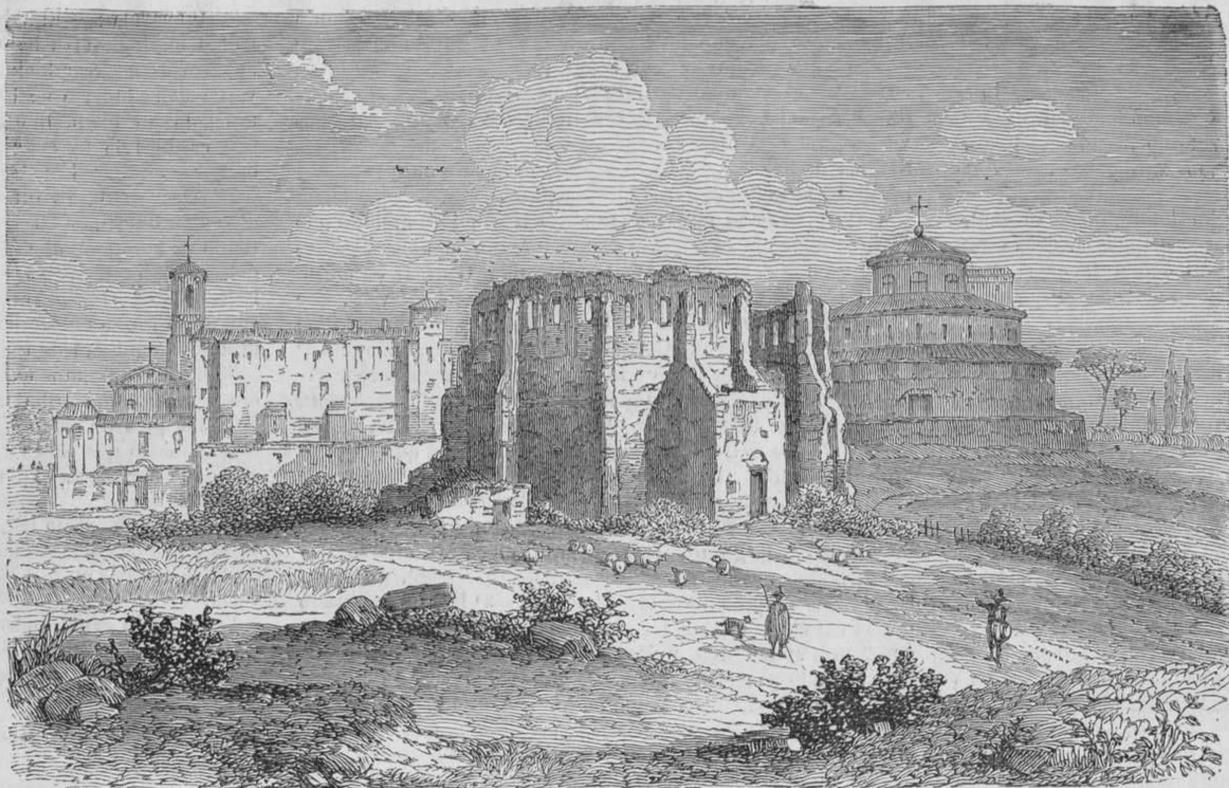
Por estas circunstancias la basílica en cuestion es á la vez una de las mas curiosas y veneradas, no solamente de Roma, sino de toda la cristiandad.

La rotonda de Santa Constanza ha pasado durante mucho tiempo por un antiguo templo de Baco, convertido en iglesia cristiana despues de la caída del paganismo; hoy se cree que esta basílica, casi tan antigua como la de Santa Ines, fué en su principio un baptisterio elevado por Constantino, y donde su hija santa Constanza fué enterrada con otros miembros de su familia; se enseñan allí las reliquias de esta santa con las de santa Emerentiana, lapidada cuando estaba orando sobre el sepulcro de santa Ines, su hermana de leche. La cúpula de esta iglesia tiene 69 pies de diámetro; rodeada de una galería exterior que debió ser restaurada en tiempo del papa Gregorio XVI, está sostenida por 24 columnas de soberbio granito. Por estos detalles (y no damos mas que los principales) se puede juzgar de la magnificencia de las iglesias romanas; una sola de ellas, sin buscarla entre las mas importantes, contiene mas riquezas y maravillas que todos los monumentos civiles y religiosos de Paris, si se exceptua el Louvre.

Otra maravilla de Roma, es el número casi infinito y la magnificencia de sus fuentes, con la abundancia de aguas que prodigan aun á los barrios mas altos sobre el nivel del Tiber. Y sin embargo, de los veinte y dos acueductos que traían esas aguas á la ciudad eterna, apenas queda en actividad una quinta parte. Para comprender

esta enorme diferencia entre el consumo actual y el antiguo, hay que advertir que la Roma habitada de hoy no llega al tercio de aquella donde el historiador Procopio contaba los veinte y dos acueductos. El uso de los baños y la frecuencia de las naumaquias, justifican tambien entre los antiguos romanos aquella necesidad de agua, que tambien los modernos podrian satisfacer si la sintieran como ellos.

No debemos pues achacar á las eternas devastaciones de los bárbaros la desaparicion ó el estado de ruinas de tantos acueductos, que en gran parte se han hecho inútiles para una poblacion menos acuática que la antigua, y reducida á una cuarta parte; casi todos ellos se han hundido, por falta de cuidado, bajo la simple accion del tiempo. De todas maneras, están] hermosos hoy dora-

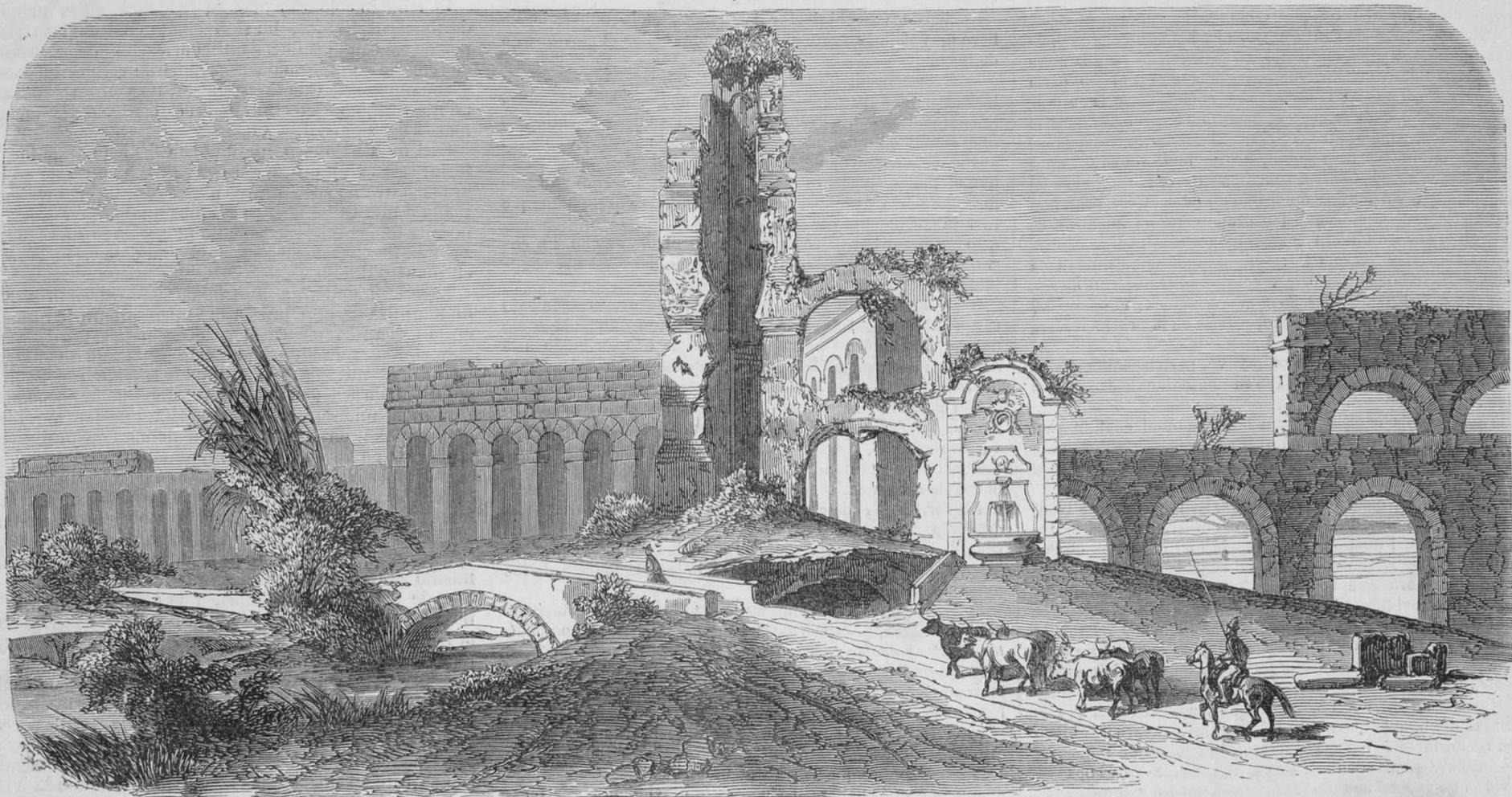


VISTAS DE ROMA. — ANTIGUO CEMENTERIO É IGLESIA DE SANTA CONSTANZA.

dos por el sol, coronados de retama, erizados y cubiertos de enredaderas, mitad vegetales, mitad monumentos, que se alzan sobre aquel antiguo *ager romanus*, ondulado y vasto como un océano; aquí como una línea de arcos de triunfo que va perdiéndose en el horizonte; allí presentando no mas un arco aislado, roto, amenazando ruina, y á cuya sombra descansa un pastor ó rumia un bucy blanco con astas inmensas, quizá como hace mil años.

Dejando aparte la descripción, estos acueductos, y principalmente los mas ruinosos, añaden al carácter de la campiña romana uno de esos rasgos que la hacen única en el mundo.

El mas antiguo de todos es del tiempo del famoso decenviro Appius Claudius, que le hizo construir para llevar á Roma el agua de una fuente situada en el



EL ACUEDUCTO DE CLAUDIO.

camino de Prenesto, á unas siete millas de Roma. Pasaba por encima de la antigua puerta Capena, y desembocaba en la plaza donde está hoy la iglesia de Santa María Egipciaca. De todos los acueductos posteriores á este último, el mas considerable, aquel cuyos restos ocupan mas espacio, es el *Anio novus*, hoy diríamos el nuevo *Teverone*, y en efecto, llevaba un rio por un espacio de 59 millas. El acueducto de Claudio, el que lleva á Roma el agua llamada *agua Claudia*, no tiene un trayecto menor. Es el que representa nuestro dibujo en la parte de sus construcciones mas próxima á la ciudad de Roma.

En otro artículo que acompañaba á otros dibujos de Roma, hemos dicho ya lo que son las *villas* ita-



LA VILLA BORGHESE.

lianias. Las mas hermosas de estas residencias, donde sus ricos dueños pasan el estío, se hallan en las cercanías de Roma, y aun algunas tocan á sus muros como la villa Pánfilí y la villa Borghese. La última es para los romanos un punto de paseo, donde hallan entre otras diversiones muchas rifas ó *tombolas*, á que tienen grande aficion. Nuestro dibujo de la villa Borghese representa el lugar llamado hipódromo, en razon de su destino primitivo, donde se efectuan esas rifas.

La villa Borghese, cuyas variadas magnificencias darian asunto para un tomo, quedó muy deteriorada en el último sitio de Roma por las necesidades de la defensa; pero la tierra es muy fértil, y ya nuevos árboles prometen sombra y frescura á los paseantes futuros.

A. DE B.